R.L. STINE

Pesadillas®

Aliento de Vampiro



Unos chicos duros. Así son Freddy Martinez y su amiga Cara. Además, ésa es la imagen que han cultivado. No temen a nada ni a nadie. Aunque eso era, claro, antes de aventurarse en el sótano de Freddy, antes de que encontraran la cripta secreta y de que hallaran la botella de Aliento de Vampiro.

¡Pobres Freddy y Cara! No deberían haber abierto la botella de Aliento de Vampiro. Nunca lo hubieran hecho si hubiesen calibrado bien las consecuencias, porque hay un vampiro en el sótano de Freddy y está muy sediento.



R. L. Stine

Aliento de Vampiro

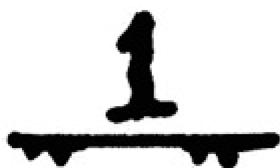
Pesadillas - 47

ePub r1.0
sleepwithghosts 15.03.14

Título original: *Goosebumps #49: Vampire Breath*
R. L. Stine, 1996
Traducción: Eduardo Iriarte

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.0





—Cuando en plena noche un hombre lobo se acerca sigilosamente por detrás, sus pisadas son tan suaves que no se oye nada. Uno no sabe que el hombre lobo está al acecho hasta que siente su aliento cálido y agrio en la nuca.

Me incliné hacia delante y lancé una fuerte bocanada de aire cálido a la nuca de Tyler Brown. Al niño se le salieron los ojos de las órbitas y emitió un quejido enfermizo y sofocado.

Me encanta hacer de canguro para Tyler. Meterle el miedo en el cuerpo es un juego de niños.

—El aliento del hombre lobo te deja helado, de modo que no te puedes mover —proseguí en un susurro—. No es posible escapar. Ni dar patadas ni mover los brazos. Por eso le resulta tan fácil arrancarte la piel.

Lancé otra bocanada de aliento de hombre lobo a la nuca de Tyler y vi cómo se estremecía. Gimoteó levemente.

—Ya está bien, Freddy. Le estás asustando de verdad —me reprendió mi amiga Cara Simonetti. Me lanzó una mirada severa desde la silla en la que estaba sentada al otro lado de la habitación. Tyler y yo estábamos en el sofá. Yo me había sentado muy cerca de él para poder susurrarle y asustarle a base de bien.

—Freddy, sólo tiene seis años —me recordó Cara—. Mírale. Está temblando como una hoja.

—Le encanta —le aseguré. Me volví hacia Tyler—. Si estás fuera de casa a altas horas de la noche y sientes el cálido aliento del hombre lobo en la nuca, no te vuelvas —susurré—. No te gires. No

le hagas saber que le has descubierto, porque entonces ataca.

Grifé la palabra «ataca» y me abalancé sobre Tyler para empezar a hacerle cosquillas a más no poder con ambas manos. Él lanzó un grito. Gritaba y reía al mismo tiempo. Le hice cosquillas hasta que se quedó sin respiración y entonces lo solté. Se me da de maravilla hacer de canguro. Siempre sé cuándo tengo que parar de hacer cosquillas.

Cara se puso en pie. Me cogió por los hombros y me apartó de Tyler.

—Sólo tiene seis años, Freddy —repitió.

Cogí a Cara, la rodeé con mis brazos y la lancé al suelo para empezar a hacerle cosquillas.

—El hombre lobo ataca de nuevo —grité, y eché la cabeza hacia atrás para soltar una carcajada diabólica.

Pelear con Cara es siempre un grave error. Me dio un puñetazo en el estómago con tanta fuerza que vi las estrellas. En serio; estrellas rojas y amarillas. Giré en el suelo e intenté coger aire.

¿Te has quedado alguna vez sin aliento a causa de un puñetazo? No es nada agradable. Te da la impresión de que no volverás a respirar nunca. El pasatiempo preferido de Cara es hacerme ver las estrellas. Lo hace continuamente. Lo consigue incluso sin darme puñetazos. Cara es un chica dura, por eso es mi mejor amiga. Los dos somos duros. Cuando las cosas se ponen feas, nunca nos venimos abajo. Pregúntaselo a cualquiera. Freddy Martínez y Cara Simonetti: dos chicos duros.

Muchos creen que somos hermanos. Supongo que es porque nos parecemos. Los dos estamos bastante crecidos para tener doce años. Ella mide un par de centímetros más que yo, pero la estoy alcanzando. Los dos tenemos el pelo castaño y ondulado, los ojos oscuros y la cara redonda. Somos amigos desde que le di una paliza cuando éramos unos críos. Cara cuenta a todo el mundo que fue ella la que me vapuleó.

Ni pensarlo.

¿Quieres saber hasta qué punto somos duros? Pues nos gusta que el profe haga rechinar la tiza contra la pizarra. Qué pasada, ¿eh?

Pues bueno, el caso es que Tyler vive al otro lado de la calle. Cuando le hago de canguro, llamo a Cara y ella suele venir. A Tyler

le gusta más Cara que yo. Ella siempre lo tranquiliza cuando yo le cuento historias que lo dejan muerto de miedo.

—Hoy hay luna llena, Tyler —dije al tiempo que me acercaba a él por encima del sofá de cuero verde de su casa—. ¿Has mirado por la ventana? ¿Has visto la luna llena?

Tyler negó con la cabeza y se rascó el cabello corto y rubio. Tenía los ojos azules abiertos de par en par y aguardaba con impaciencia el resto de la historia del hombre lobo.

Me acerqué a él y bajé el tono de voz.

—Cuando un hombre lobo sale a la luz de la luna llena, empieza a salirle pelo en la cara —le aseguré—. Los dientes le crecen más y más y se le ponen afilados. No paran de crecer hasta que le llegan a la barbilla. Todo su cuerpo queda cubierto de pelo, como si fuera un lobo. Y los dedos se le convierten en garras.

Pasé mis uñas por la camiseta de Tyler y él emitió un gemido.

—Le estás asustando de verdad —me advirtió Cara—. No podrá dormir en toda la noche.

No le hice el menor caso.

—Y entonces el hombre lobo empieza a caminar… —susurré, inclinándome sobre Tyler—. El hombre lobo merodea por el bosque en busca de una víctima. Acecha hambriento… caminando… caminando…

Oí pasos en el salón. Fuertes pisadas sobre la moqueta. Al principio pensé que eran imaginaciones mías, pero Tyler también las había oído.

—Caminando… caminando —susurré.

Tyler abrió la boca de par en par. Las fuertes pisadas sonaban cada vez más cerca. Cara, sentada en su silla, se giró hacia el umbral. Tyler tragó saliva con dificultad. Ahora todos las oíamos.

Unas pisadas fuertes y pesadas.

—¡Es un hombre lobo! —grité—. ¡Un hombre lobo de verdad!

Los tres empezamos a gritar.

2

—Dadme un respiro —dijo el hombre lobo.

Evidentemente, no era un hombre lobo de verdad, sino el padre de Tyler.

—¿Qué estáis haciendo? —les preguntó el señor Brown, mientras se quitaba el abrigo.

Era rubio y tenía los ojos azules, igual que Tyler.

—Estábamos dando un susto de muerte a Tyler —confesó Cara.

Él puso los ojos en blanco.

—¿No hicisteis lo mismo la última vez?

—Sí, como siempre —contesté—. A Tyler le encanta. —Le di una palmada en la espalda al chaval—. Te encanta, ¿verdad?

—Sí, claro —me dijo con una vocecita minúscula.

La madre de Tyler entró en la sala, poniéndose bien el jersey.

—Otra vez contándole historias de hombres lobo a Tyler, ¿verdad, Freddy? —me preguntó con voz severa—. La última vez tuvo pesadillas durante toda la noche.

—No tuve pesadillas —protestó el niño.

La señora Brown chasqueó la lengua y nos dio un billete de cinco dólares a cada uno.

—Gracias por cuidar de Tyler. ¿Queréis que os acompañe a casa?

—Claro que no —contesté. ¿Acaso se pensaba que era un cobarde?—. Es aquí mismo.

Cara y yo nos despedimos de la familia Brown. Lo cierto es que aún no me apetecía ir a casa. De modo que acompañé a Cara a la

suya. Vive a sólo una manzana de distancia.

La luna llena nos alumbraba el camino. Daba la impresión de seguimos adonde fuéramos, suspendida a escasa altura sobre los oscuros edificios. Nos reímos de mi historia sobre el hombre lobo y también de lo mucho que Tyler se había asustado. Lo que no sabíamos es que nos había llegado el turno de pasar miedo.

Un miedo de muerte.

El sábado por la tarde, Cara vino a mi casa. En cuanto llegó bajamos al sótano para jugar al hockey de mesa. Hace algunos años, mis padres vaciaron el sótano y lo convirtieron en una espléndida sala de juegos. Tenemos una mesa de billar y una preciosa gramola antigua. Mis padres llenaron la gramola con viejos discos de rock and roll.

Las Navidades pasadas, me regalaron un juego de hockey de mesa bien grande. Cara y yo montamos auténticas batallas de hockey. Nos pasamos horas lanzándonos el disco de plástico el uno al otro. Nos encanta. Nuestras partidas de hockey suelen acabar en combates de lucha libre, igual que los partidos de hockey profesional que emiten por televisión.

Nos centramos en el juego de hockey de inmediato y empezamos a calentar, pasándonos el disco lentamente a través de la mesa, sin intentar marcar ningún tanto.

—¿Dónde están tus padres? —me preguntó Cara.

Me encogí de hombros.

—No tengo ni idea.

Ella me miró con los ojos entornados.

—¿No sabes adonde han ido? ¿No te han dejado una nota o algo así?

—Salen mucho —respondí con una mueca.

—Probablemente para perderte de vista —exclamó Cara, y se echó a reír.

Yo acababa de volver de clase de kárate. Rodeé la mesa de hockey y le demostré lo que había aprendido. Sin querer, una de mis patadas fue a dar en la parte de atrás de su tobillo.

—¡Eh! —gritó furiosa—. Freddy, eres un imbécil.

Cuando se agachó para frotarse el tobillo, le di un empujón contra la pared en plan de broma.

Sólo estaba haciendo el tonto, pero supongo que no soy consciente de la fuerza que tengo. Cara perdió el equilibrio y fue a dar contra un antigua vitrina llena de platos antiguos. Las piezas temblaron y traquetearon pero por suerte no llegó a romperse nada.

Me eché a reír. Sabía que Cara no se había hecho daño. Extendí el brazo para ayudarla a que se apartara de la parte delantera del mueble, pero ella soltó un alarido de ataque y se lanzó contra mí. Me dio con el hombro en el pecho y dejé escapar un gemido ronco y ahogado. Otra vez me había hecho ver las estrellas.

Mientras intentaba recuperar el aliento, ella cogió el disco de hockey del juego de mesa y echó el brazo hacia atrás para lanzármelo. Sin embargo, conseguí aferrarle la mano y nos enzarzamos en una pelea por el disco.

Nos reíamos como locos, pero lo cierto es que era una pelea bastante seria. No me malinterpretes; Cara y yo nos comportamos así todo el tiempo, sobre todo cuando no están mis padres.

Le quité el disco de la mano y salió disparado hacia el otro lado de la habitación. Con un fuerte grito de kárate, me zafé de ella. Los dos nos estábamos riendo con tantas ganas que apenas si podíamos movernos. Pero Cara tomó carrerilla y arremetió contra mí de nuevo. Esta vez salí disparado hacia atrás y acabé por perder el equilibrio. Levanté los brazos y me estrellé contra un lado de la vitrina.

—¡Aaaahhh!

Me di un buen porrazo. Topé de espaldas contra un lado del armario. Todo el mueble se vino abajo. Oí el ruido de la vajilla rota. Un instante después, caí encima del mueble y me quedé despatarrado boca arriba, indefenso.

—Ooohhh. —Mi grito se convirtió en un gemido de dolor.

Luego todo quedó en silencio.

Me quedé allí tumbado, encima del armario caído, como una tortuga patas arriba, con los brazos y las piernas en el aire. Me dolía todo el cuerpo.

—¡Ah-uh!

Eso es todo lo que dijo Cara. Un simple «Ah-uh». Acto seguido se

acercó a mí. Se inclinó y me cogió por las manos para ayudarme a ponerme en pie. Los dos nos apartamos del armario caído.

—Lo siento —murmuró Cara—. Ha sido sin querer.

—Ya lo sé —dije. Tragué saliva con dificultad mientras me pasaba la mano por el hombro dolorido—. Creo que nos hemos metido en un buen lío.

Los dos nos dimos la vuelta para comprobar los desperfectos, y lanzamos un grito de sorpresa al ver lo que se escondía tras el viejo armario de madera.

3

—¡Un pasadizo secreto! —grité emocionado.

Nos quedamos mirando la puerta de madera oscura y pulida. El pomo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo. No tenía ni idea de que allí hubiera una puerta, y estaba casi seguro de que mis padres tampoco lo sabían.

Cara y yo nos acercamos lentamente hacia la entrada. Pasé la mano por encima del pomo para quitar parte del polvo.

—¿Adonde lleva esto? —preguntó Cara, apartándose de la cara el cabello castaño y liso.

Me encogí de hombros.

—No tengo ni idea. Quizá sea un armario empotrado o algo así. Mis padres nunca me han dicho que aquí hubiera otra habitación.

Llamé a la puerta con los nudillos.

—¿Hay alguien ahí? —llamé.

Cara se echó a reír.

—Menuda sorpresa te llevarías si alguien te contestara —exclamó.

Yo también me eché a reír. Lo cierto es que habría sido gracioso.

—¿Por qué iban a esconder una puerta detrás de un armario? —preguntó Cara—. Es absurdo.

—Quizás ahí atrás está escondido el tesoro de un pirata —sugerí—. Quizás hay una habitación llena de monedas de oro.

Cara puso los ojos en blanco.

—Qué tontería —murmuró—. ¿Piratas en pleno estado de Ohio?

Cara giró el pomo e intentó abrir la puerta de un empujón.

Supongo que hay chicos que habrían vacilado. Algunos chavales probablemente no habrían tenido muchas ganas de abrir una misteriosa puerta oculta en su sótano. Es posible que algunos chicos hubieran tenido un poco de miedo. Pero Cara y yo, no. No somos unos gallinas. No nos asusta el peligro: somos duros.

La puerta no se abría.

—¿Está cerrada? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—No. La vitrina no deja que se abra.

El mueble había caído de lado delante de la puerta. Los dos nos agachamos para apartarlo. Cara lo cogió por arriba y yo por abajo. Pesaba más de lo que pensábamos, quizá debido a todos los platos rotos que había en su interior. Sin embargo lo empujamos y logramos desplazarlo unos centímetros de la puerta.

—De acuerdo —dijo Cara, a la vez que se limpiaba las manos en las perneras de los vaqueros.

—De acuerdo —repetí yo—. Vamos a ver qué hay ahí.

El pomo estaba frío al tacto. Lo giré y tiré de la puerta de madera, que se movió lentamente. Pesaba bastante y las bisagras lanzaron un extraño chirrido cuando intenté moverla.

Luego, uno al lado del otro, Cara y yo nos asomamos y miramos al interior.

4

Esperaba encontrar una habitación; un almacén o una carbonera. Algunas casas antiguas, como la de mi tía Harriet, tienen un cuartucho en el que antes se guardaba el carbón para alimentar el horno.

Sin embargo no vimos nada de eso. Con los ojos entornados para acostumbrarnos a la completa oscuridad, me di cuenta de que estábamos frente a un túnel. Un túnel lóbrego.

Tendí la mano y toqué la pared. Era de piedra; de piedra fría. Y estaba húmeda.

—Necesitamos linternas —dijo Cara en voz baja.

Pasé la mano de nuevo por la piedra fría y húmeda. Me volví hacia Cara.

—¿Quieres que nos metamos en ese túnel? —pregunté.

Qué pregunta tan tonta. Claro que íbamos a meternos en el túnel. Si uno tiene un túnel oculto en el sótano, ¿qué otra cosa puede hacer? No vas a quedarte en la entrada preguntándote qué habrá ahí dentro. Hay que explorarlo.

Cara me siguió hasta la mesa de trabajo de mi padre. Empecé a abrir cajones para buscar una linterna.

—¿Adonde llevará el túnel? —preguntó Cara, frunciendo el ceño en expresión meditativa—. Quizá llega hasta la casa de al lado. Quizá comunica las dos casas.

—Por ese lado no hay ninguna casa, Cara —le recordé yo—. No hay más que un solar vacío. Lleva deshabitado desde que vinimos a vivir aquí.

—Bueno, pues tiene que conducir a algún sitio —contestó ella—. No es posible que este túnel no lleve a ninguna parte.

—Bien pensado —repliqué con sarcasmo.

Ella me dio un empujón y yo se lo devolví. Entonces vi una linterna de plástico al fondo de un cajón de herramientas. Cara y yo nos abalanzamos a cogerla al mismo tiempo. Nos enzarzamos en otra pelea, esta vez más corta. Conseguí arrebatarle la linterna.

—¿A qué viene esto? —se indignó.

—Yo la he visto primero —aseguré—. Tú tendrás que encontrar la tuya.

Pocos segundos después, Cara encontró otra linterna en una estantería sobre la mesa de trabajo. La probó apuntándome con ella directamente a los ojos y deslumbrándome hasta que le solté un buen grito.

—De acuerdo. Lista —dijo ella.

Volvimos a toda prisa a la puerta, cruzando los haces de nuestras linternas sobre el suelo del sótano frente a nosotros. Me quedé ante la puerta abierta y alumbré el túnel. La luz de la linterna de Cara iba rebotando por las paredes de piedra. Estaban cubiertas de una gruesa capa de moho verde. Sobre el suelo liso de piedra, los penetrantes haces de nuestras linternas hacían destellar charquitos de agua.

—Qué húmedo está esto —murmuré. Di un paso hacia el túnel, desplazando la luz por las paredes. De pronto el aire parecía más frío. Me estremecí, asombrado por el cambio de temperatura.

—Brrrr —corroboró Cara—. Esto parece una nevera.

Levanté la linterna y apunté el cono de luz hacia delante.

—No veo dónde acaba el túnel —dije—. Es posible que continúe durante kilómetros y kilómetros.

—Sólo hay un modo de averiguarlo —contestó Cara. Levantó la linterna y me deslumbró con ella una vez más—. Ja, ja, te he vuelto a pillar.

—No tiene ninguna gracia —protesté. Yo también apunté a sus ojos con mi linterna. Tuvimos una breve batalla de linternas que no ganó ninguno de los dos. Lo único que conseguimos fue ver un montón de estrellitas brillantes que no se iban ni a la de tres.

Volví a girarme hacia el túnel.

—Hooooolaaaaaa —grité. Mi voz resonó una y otra vez—. ¿Hay alguien en caaaasaaaa? —pregunté a pleno pulmón.

Cara me empujó contra el muro húmedo de piedra.

—Cállate, Freddy. ¿No puedes tomarte esto en serio?

—Me lo tomo muy en serio —le aseguré—. Venga, vamos. —Le di un empujón con el hombro. Me habría gustado que se diera un buen topetazo contra la pared, pero tenía los pies firmemente apoyados en el suelo y no retrocedió ni un milímetro.

Bajé el haz de la linterna hacia el suelo para ver por dónde andábamos. Cara siguió iluminando el fondo del túnel. Nos abrimos camino lentamente, sorteando charcos. El aire era cada vez más frío a medida que nos adentrábamos en el pasadizo. Nuestros zapatos rozaban suavemente el suelo y las pisadas despertaban un extraño eco en las paredes de piedra.

Después de un minuto, más o menos, me di la vuelta y miré la puerta del sótano. Era un estrecho rectángulo de luz amarilla muy, muy lejos. El túnel se curvaba y daba la impresión de que las paredes de piedra se cernían sobre nosotros. Sentí un escalofrío de miedo, pero me lo saqué de encima.

«No hay por qué asustarse —me dije—. Es sólo un viejo túnel vacío».

—Qué extraño —murmuró Cara—. ¿Adonde crees que lleva?

—Ahora debemos de estar bajo el solar deshabitado que hay al lado de mi casa —supuse—. ¿Por qué iba alguien a construir un túnel bajo un solar vacío?

Cara levantó la linterna y me apuntó con ella a la cara. Me cogió por el hombro para detenerme.

—¿Quieres dar la vuelta?

—Claro que no —espeté.

—Yo tampoco —dijo ella de inmediato—. Sólo quería asegurarme de que tú estabas de acuerdo.

Nuestras luces se paseaban por las húmedas paredes de piedra a medida que recorríamos la curva del túnel. Saltamos sobre un amplio charco de agua que ocupaba el suelo de pared a pared. El túnel se curvó una vez más y alcanzamos a ver una puerta. Era también de madera oscura. Los haces de nuestras linternas oscilaron de un sitio a otro cuando nos abalanzamos hacia ella.

—Hola, ¿hay alguien ahí? —grité—. Hoolaaa. —Llamé a la puerta con los nudillos.

No hubo respuesta, así que cogí el pomo.

Cara volvió a retenerme.

—¿Y si tus padres vuelven a casa? —preguntó—. ¿Te imaginas lo mucho que se preocuparían? No saben dónde estás.

—Bueno, si bajan al sótano verán la vitrina en el suelo —le contesté—. Y descubrirán la puerta abierta que da al túnel. No tardarán en suponer qué ha ocurrido. Y probablemente nos seguirán hasta aquí.

—Probablemente —convino Cara.

—Tenemos que ver qué hay al otro lado de esta puerta —dije, ansioso. Giré el pomo y abrí la puerta. Ésta también era pesada y emitió un extraño chirrido al abrirse, igual que la primera.

Levantamos las linternas y apuntamos los pálidos haces hacia delante.

—Es una cripta —susurré—. Una cripta al final del túnel.

Nuestras luces bailotearon por las paredes lisas y oscuras, que estaban desnudas. Entramos en la cripta juntitos. Era cuadrada y pequeña.

—¿Y para esto hemos venido? Está vacía —se decepcionó Cara —. Sólo es una estancia vacía.

—No, no está vacía —contesté con voz queda.

Dirigí la linterna hacia un objeto de gran tamaño que reposaba sobre el suelo en el centro de la sala. Los dos nos quedamos mirándolo fijamente, en completo silencio.

—¿Qué es? —preguntó Cara al fin.

—Un ataúd —contesté.

5

El corazón me dio un vuelco. No tenía miedo, pero empecé a temblar de arriba abajo. Era una especie de temblor frío: la emoción, supongo. Cara y yo dirigimos los conos de las linternas hacia el ataúd que había en medio del suelo. Los círculos de luz, oscilantes debido al temblor de nuestras manos, recorrieron la madera oscura.

—Nunca había visto un ataúd —murmuró Cara.

—Ni yo tampoco —confesé—. A no ser en televisión, claro.

Bajo la luz alcanzamos a ver la madera pulida y asas de bronce a ambos lados de la larga caja.

—¿Y si hay un muerto dentro? —preguntó Cara con una vocecita minúscula.

El corazón me dio otro vuelco. Se me puso la piel de gallina y sentí aún más frío.

—No lo sé —susurré—. ¿Quién iba a estar enterrado en una cripta secreta bajo mi casa?

Levanté la linterna y escudriñé la estancia. Eran cuatro paredes desnudas, lisas y grises. No había ninguna ventana, ni ninguna otra puerta excepto la que daba al túnel.

Una cripta oculta al final de un sinuoso túnel. Un ataúd escondido en una cripta bajo tierra.

—Estoy seguro de que mi madre y mi padre no saben nada de esto —le dije a Cara. Respiré hondo y me aproximé al ataúd.

—¿Qué haces? —me preguntó Cara bruscamente. Ella seguía junto a la puerta abierta.

—Vamos a mirar qué hay dentro —contesté, sin hacer ningún caso de mi corazón, que iba a cien por hora—. Echemos un vistazo al interior.

—Bueno —dijo Cara en voz bien alta—. Yo…, esto… y me parece que más vale que no.

Me volví hacia ella y le apunté con la linterna a los ojos. Vi que le temblaba la barbilla. Sus ojos castaños estaban fijos en el ataúd.

—¿Estás asustada? —le pregunté. No pude evitar que aflorase una sonrisa en mi rostro.

¿Cara asustada? Aquel momento pasaría a la posteridad.

—Ni pensarlo —insistió ella—. No tengo miedo, pero me parece más prudente llamar a tus padres.

—¿Por qué? ¿Para qué necesitamos a mis padres si lo único que queremos es abrir un viejo ataúd?

Seguía apuntándole a la cara con la linterna y vi que le volvía a temblar la barbilla.

—Pues porque la gente no va por ahí abriendo ataúdes —contestó, y se cruzó de brazos firmemente.

—Bueno…, si tú no quieres ayudarme, lo haré yo solo —afirmé. Me volví hacia el ataúd y pasé la mano sobre la tapa. La madera pulida era suave y fresca al tacto.

—No, espera —gritó Cara. Se apresuró a colocarse a mi lado—. No tengo miedo, pero… podríamos estar cometiendo un grave error.

—Estás asustada —le dije—. Estás muerta de miedo.

—Mentira —insistió ella.

—He visto cómo te temblaba la barbilla en dos ocasiones —le hice saber.

—¿Y qué?

—Pues que tienes miedo.

—Ni mucho menos. —Dejó escapar un suspiro hastiado—. Voy a demostrártelo.

Me pasó su linterna. Aferró la tapa del ataúd con las dos manos y empezó a abrirla.

—Vaya, sí que pesa —gruñó—. Ayúdame.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me recobré y dejé las linternas en el suelo. Apoyé las manos en la tapa del ataúd y me

incliné adelante para empezar a empujar. Cara y yo empujamos hacia arriba con todas nuestras fuerzas. Al principio la pesada puerta de madera no cedía, pero poco después oímos un chirrido y empezó a levantarse. Lenta, muy lentamente, fue subiendo gracias a la fuerza de nuestras manos. Inclinados sobre el ataúd, seguimos empujando hasta que, al alcanzar la vertical, la tapa se quedó quieta.

La soltamos. Cerré los ojos. La verdad es que no quería mirar al interior, pero no me quedaba más remedio. Entorné los ojos y miré en el ataúd abierto. Estaba tan oscuro que no veía nada.

«Mejor así», me dije, y dejé escapar un suspiro de alivio.

Pero entonces Cara se agachó y cogió las linternas del suelo. Me entregó la mía.

Dirigimos los haces de las linternas hacia el ataúd y miramos en su interior.

6

El ataúd estaba forrado de terciopelo rojo, que relucía bajo la luz de nuestras linternas. Recorrimos al ataúd de arriba abajo con los haces de luz.

—Es-está… vacío —tartamudeó Cara.

—No, no lo está —contesté.

Dejé la luz fija en un objeto que había al pie del ataúd.

Era una mancha azul sobre el terciopelo rojo. A medida que fui acercándome, empecé a ver de qué se trataba: una botella; una botella de cristal azul.

—Qué extraño —exclamó Cara. Ahora ella también alcanzaba a verla.

—Sí, rarísimo —coincidí.

Los dos nos aproximamos a los pies del ataúd para verla mejor. Me asomé al interior y me incliné sobre la botella. Ahora tenía las manos heladas.

Cara pasó el brazo por encima de mí y cogió el recipiente. Lo puso delante del haz de luz blanca de mi linterna y los dos lo observamos minuciosamente.

La botella era redonda y cabía perfectamente en la mano de Cara. Era de cristal azul oscuro y resultaba suave al tacto. Estaba coronada por un tapón también de cristal azul.

Cara la agitó con cuidado.

—Está vacía —dijo en voz queda.

—Una botella vacía en el interior de un ataúd. Qué raro —comenté—. ¿Quién crees que la habrá dejado aquí?

—Eh, mira, hay una etiqueta. —Cara señalo un recuadro de papel pegado al cristal—. ¿Ves qué pone? —preguntó al tiempo que levantaba la botella azul hacia mi cara.

Las letras de la minúscula etiqueta estaban descoloridas y tenían aspecto de ser muy antiguas, de modo que hube de entornar los ojos para intentar descifrarlas. Las palabras estaban tan desgastadas que apenas si eran poco más que borrones.

Sujeté la linterna con firmeza y finalmente conseguí descifrarlas: ALIENTO DE VAMPIRO.

—¿Eh? —A Cara se le abrió la boca de la sorpresa—. ¿Has dicho «Aliento de Vampiro»?

Asentí:

—Eso es lo que dice.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó—. ¿Qué es «Aliento de Vampiro»?

—No tengo ni idea —contesté, mirando la botella—. Nunca he visto que lo anuncien por televisión.

Cara no se rió de mi chiste. Empezó a dar vueltas a la botella en sus manos. Buscaba más información. Pero sólo había esas palabras impresas en la etiqueta: ALIENTO DE VAMPIRO.

Volví a dirigir la linterna hacia el interior del ataúd para ver si había algo que hubiéramos pasado por alto. Paseé el cono de luz arriba y abajo. Después me incliné hacia el interior y pasé la mano sobre el terciopelo rojo. Era terso y suave.

Cuando volví la mirada hacia Cara, vi que se había metido la linterna bajo el brazo y estaba girando el tapón de cristal de la botella.

—Eh, ¿qué haces? —grité.

—Voy a abrirla —me contestó—. Pero está atascado y no puedo…

—No —le ordené—. ¡Para!

Un destello cruzó sus ojos castaños. Me miró fijamente.

—¿Tienes miedo, Freddy?

—Sí-sí. Bueno…, no —tartamudeé—. Yo…, esto… Supongo que tienes razón, Cara. Deberíamos esperar a mis padres. Tenemos que enseñarles todo esto. No podemos ir por ahí abriendo ataúdes y llevándonos botellas y…

Se me cortó la respiración cuando Cara tiró del tapón.

No es que tuviera miedo, ni nada por el estilo. Lo que ocurre es que no quería cometer ninguna estupidez.

—Dame eso —grité, y tendí la mano para coger la botella.

—Ni soñarlo.

Cara se giró para evitar que se la arrebatara y el recipiente se le cayó de las manos.

Los dos seguimos con la vista su caída hasta el suelo. Aterrizó de lado, rebotó una vez y no se rompió.

Sin embargo, el tapón de cristal cedió. Cara y yo nos quedamos mirando la botella. Contuvimos la respiración y esperamos, preguntándonos qué ocurriría.

7

Sssssssss.

Tardé unos segundos en descubrir qué provocaba aquel siseo. Entonces vi una niebla verdosa que salía de la botella. La espesa bruma se levantó como un géiser, fría y húmeda. Sentí cómo flotaba contra mi rostro.

—Ooooh —exclamé cuando el agrio hedor me alcanzó la nariz.

Me eché hacia atrás, sofocado, y empecé a toser. Agité las manos enérgicamente para intentar disipar la bruma.

—Agghh —gritó Cara, con expresión de asco. Se presionó la nariz con los dedos—. Qué peste.

Aquella bruma hedionda se extendió a nuestro alrededor. En cuestión de segundos, la niebla había ocupado toda la estancia.

—No puedo respirar —jadeé.

No veía nada en absoluto. La niebla amortiguaba la luz de nuestras linternas.

—Oooh —protestó Cara—. Qué mal huele.

Me escocían los ojos y notaba el gusto agrio de la bruma en la lengua. Estaba mareado. Me hacía ruido el estómago y notaba un nudo en la garganta. «Tengo que cerrar la botella —decidí—. Si cierro la botella, esta asquerosa niebla dejará de extenderse».

Me puse de rodillas y se me cayó la linterna, que provocó un chasquido metálico. Tanteé el suelo hasta que di con la botella. Luego pasé la mano trazando un círculo en torno a mí hasta que encontré el tapón.

Esforzándome por no atragantarme, metí el tapón en el morro

del frasco.

Me puse en pie de un salto y levanté la botella para que Cara se diera cuenta de que había conseguido cerrarla. No me vio. Se había llevado las manos al rostro. Sus hombros subían y bajaban espasmódicamente.

Cuando dejé la botella en el suelo, empecé a toser. Tragué saliva con dificultad una, dos veces. No podía quitarme el asqueroso sabor de la boca. La bruma agria siguió arremolinándose a nuestro alrededor durante unos segundos más. Luego se fue posando en el suelo y menguó.

—¿Cara? —conseguí decir entre toses—. Cara, ¿te encuentras bien?

Ella bajó las manos del rostro lentamente. Parpadeó varias veces y se giró hacia mí.

—Qué asco —murmuró—. Era repugnante. ¿Por qué me has quitado la botella? Ha sido culpa tuya.

—¿Eh? —protesté—. ¿Culpa mía? ¿Cómo que culpa mía?

—Sí —asintió—. Si no me hubieras cogido la botella, no se me habría caído y…

—Pero eras tú la que querías abrirla —grité—. ¿Recuerdas? Ibas a quitar el tapón.

—Oh. —Se acordaba.

Se pasó las manos por el jersey y los vaqueros para intentar quitar el asqueroso hedor de la ropa.

—Freddy, vámonos de aquí —me pidió.

—Sí, vamos. —Por una vez estábamos de acuerdo en algo.

La seguí hasta la puerta. A medio camino, me volví, miré hacia el ataúd y solté un grito ahogado.

—Cara, mira —susurré.

Había alguien tumbado en el ataúd.



Cara lanzó un grito. Me tomó el brazo y me apretó tanto que no pude reprimir un grito. Nos acurrucamos contra la entrada, con la vista fija en la lóbrega estancia, mirando la figura pálida que yacía en el ataúd.

—¿Estás asustado? —susurró Cara.

—Quién, ¿yo? —le dije con voz sofocada.

Tenía que demostrarle que no tenía miedo. Avancé un paso hacia el ataúd y luego otro. Ella me seguía de cerca. Los haces de nuestras linternas alumbraban lo que teníamos frente a nosotros con luz trémula.

El corazón empezó a latirme a toda velocidad. De pronto tenía la boca seca. Me resultaba imposible sujetar la linterna con mano firme.

—Es un anciano —susurré.

—¿Pero cómo ha llegado aquí? —me preguntó Cara también entre susurros—. Hace un instante no estaba ahí.

Volvió a apretarme el brazo, pero yo no noté ningún dolor. Estaba demasiado emocionado y asombrado, demasiado confuso como para sentir nada.

¿Cómo había llegado hasta allí?

¿Quién era?

—¿Está muerto? —preguntó Cara.

No respondí, sino que me incliné hacia el interior del ataúd y dirigí la linterna hacia el individuo que había en su interior.

Era un hombre muy viejo y completamente calvo. La piel de su

cráneo, liso como una bombilla, era tersa y tirante. Tenía los ojos cerrados y los labios, tan pálidos como el resto de su tez, firmemente apretados. Sus manos blancas y escuálidas, casi esqueléticas, estaban cruzadas sobre el pecho. Llevaba un esmoquin negro muy pasado de moda. El cuello almidonado de su camisa blanca le llegaba hasta las pálidas mejillas. Sus zapatos negros y lustrosos estaban abrochados con botones, en lugar de llevar cordones.

—¿Está muerto? —repitió Cara.

—Supongo —dije casi sin aliento. No había visto nunca una persona muerta.

Una vez más, sentí la mano de Cara sobre mi brazo.

—Vámonos —susurró—. Larguémonos de aquí.

—De acuerdo.

Quería irme; quería alejarme de allí tan rápido como me fuera posible. Sin embargo, algo me retenía. Me quedé petrificado donde estaba, observando aquel rostro ajado y pálido. El anciano yacía completamente inmóvil y tranquilo en el ataúd forrado de rojo.

Delante de mis narices, el viejo abrió los ojos y parpadeó.

Enseguida empezó a incorporarse.



Se me cortó la respiración y empecé a retroceder. De no ser por la pared, supongo que me habría caído de espaldas. Se me resbaló la linterna de la mano, que provocó un fuerte ruido al caer al suelo e hizo que el anciano se volviera hacia nosotros.

Ante el haz trémulo de la linterna de Cara, parpadeó varias veces.

Luego se frotó los ojos con las manos pálidas, como si acabara de despertar de un largo sueño. Lanzó un suave bostezo e intentó centrar su mirada en nosotros, para lo que hubo de entornar los ojos y parpadear.

El corazón me latía tan rápido, que me daba la impresión de que acabaría explotando y saldría disparado a través de mi camiseta. Las sienes también me latían al ritmo del corazón, y no respiraba sino que emitía fuertes jadeos.

—Yo-yo... —tartamudeó Cara. Vi que le temblaba todo el cuerpo mientras intentaba mantener el haz de luz centrado en el anciano del ataúd.

—¿Dónde estoy? —graznó el viejo. Meneó la cabeza. Parecía confuso—. ¿Dónde estoy? —repitió—. ¿Qué hago aquí? —Entrecerró los ojos para protegerse del haz de la linterna.

Su cabeza pálida y calva brillaba bajo la tenue luz. Incluso sus ojos eran pálidos, casi plateados. Se pasó la lengua por los labios blancuzcos. Su boca dejó escapar un chasquido reseco.

—Tengo sed —se lamentó en un árido susurro—. Tengo una sed terrible.

Se levantó con un quejumbroso gruñido. A medida que se iba incorporando, alcancé a ver una capa roja de seda que hacía juego con el color del ataúd.

Volvió a pasarse la lengua por los pálidos labios.

—Qué sed tengo.

Entonces nos descubrió a Cara y a mí.

Parpadeó y entornó los párpados para vernos mejor.

—¿Dónde estoy? —preguntó, mirándonos fijamente con sus ojos plateados, siniestros—. ¿Qué habitación es ésta?

—Es mi casa —contesté. Pero las palabras sonaron como un débil susurro.

—Me muero de sed —volvió a murmurar.

Gruñendo y mascullando para sus adentros, sacó una pierna del ataúd y después la otra. Se dejó caer hasta el suelo sin hacer ningún ruido. Parecía muy ligero, como si no pesara nada. Un escalofrío de miedo me atenazó la nuca. Intenté retroceder, pero ya tenía la espalda apoyada contra la pared. Miré hacia la puerta abierta y me dio la impresión de que estaba a cien kilómetros de distancia.

El anciano se relamió una vez más los labios resecos. Con los ojos todavía entornados, avanzó unos pasos hacia donde estábamos Cara y yo. Se ahuecó la capa con ambas manos mientras caminaba.

—¿Quién-quién es usted? —consiguió tartamudear Cara.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —grité, hallando por fin mi voz extraviada—. ¿Qué hace en mi sótano? ¿Cómo se ha metido en ese ataúd? —Las preguntas explotaron en mi interior—. ¿Quién es usted?

El anciano se detuvo y se rascó la cabeza calva. Durante un instante, dio la impresión de que se esforzaba por recordar quién era. Luego contestó:

—Soy el conde Aladenoche. —Asintió como si se lo estuviera recordando a sí mismo—. Sí, soy el conde Aladenoche.

Cara y yo lanzamos gritos sofocados y acto seguido empezamos a hablar a la vez.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—¿Qué quiere?

—¿Es usted… un… vampiro?

Se llevó las manos a los oídos y cerró los ojos.

—¡No gritéis! —se quejó—. Por favor, hablad más bajo. Llevo durmiendo tanto tiempo…

—¿Es usted un vampiro? —preguntó en voz baja.

—Sí, un vampiro. El conde Aladenoche. —Asintió y abrió los ojos. Miró a Cara y luego me miró a mí, como si nos viera por primera vez.

»Ssssí —siseó. Levantó los brazos y empezó a acercarse a nosotros—. Qué sed tengo. Llevo durmiendo tanto tiempo… Y ahora tengo mucha sed. Y debo saciarme enseguida.

10

El conde levantó los brazos. Tomó en sus manos la capa roja, que se extendió tras él como un par de alas, y se levantó en el aire.

—Qué sed tengo —murmuró, relamiéndose los labios—. Qué sed tengo.

Fijó en Cara sus ojos plateados, como si quisiera hipnotizarla y petrificarla donde estaba.

No había estado tan atemorizado en toda mi vida, eso tengo que admitirlo. No me asusto fácilmente, ni Cara tampoco. Hemos visto un centenar de películas de vampiros en televisión y nos hemos reído de todas ellas. La idea de que existiera un tipo con colmillos que anduviera volando por ahí bebiendo sangre humana nos parecía de lo más divertido. No nos asustaban en absoluto. Pero sólo eran películas.

Acabábamos de ver a este tipo, que se llamaba a sí mismo conde Aladenoche, levantándose de un ataúd que prácticamente estaba en mi sótano. Y ahora había extendido los brazos y flotaba a través de la cripta hacia nosotros, quejándose de la sed que tenía y mirando con sus ojos entrecerrados y aterradores el cuello de Cara.

Muy bien, lo admito: estaba realmente asustado. Aunque no tanto como para no poder moverme.

—¡Eh! —dije en un grito sofocado, y cogí a Cara por el brazo—. Venga, vámonos.

Ella no se movió ni un ápice.

—Cara, venga —urgí tirando de ella.

Cara se quedó mirando el pálido rostro del vampiro. No se

movió, ni parpadeó, de modo que le así el brazo con ambas manos e intenté tirar de ella, pero parecía clavada en el suelo. Estaba petrificada como una estatua.

—Qué sed tengo —insistió el anciano—. Tengo que aplacar mi sed ahora mismo.

—Cara, reacciona —le grité a pleno pulmón—. Vuelve en ti, por favor.

Tiré de ella con todas mis fuerzas y conseguí arrastrarla hacia la puerta. Cuando llegamos a la entrada del túnel, Cara parpadeó y meneó la cabeza. Dejando escapar un grito de asombro, apartó el brazo y echó a correr.

Los dos salimos como centellas de la pequeña cripta y nos adentramos a la carrera en el sinuoso túnel. Nuestros pasos metían un ruido tremendo sobre el duro suelo de piedra. Las pisadas resonaban en las paredes. Daba la impresión de que hubiera un millar de niños huyendo de un vampiro.

Notaba las piernas débiles e inseguras, pero me obligué a seguir corriendo. Continuamos avanzando por el lóbrego túnel, siguiendo la curva de los muros de piedra. Cara iba inclinada hacia delante, con los brazos estirados frente a ella.

Tenía la linterna firmemente cogida en una mano. El cono de luz oscilaba de un lado a otro. Pero no lo necesitábamos. Teníamos muy claro hacia dónde debíamos dirigirnos.

Cara es muy rápida, más que yo. Cuando tomamos la siguiente curva, ella se impulsaba tan fuerte como podía con sus largas piernas, y me había sacado una buena ventaja.

Volví la cabeza. ¿Nos seguía el vampiro? Sí. Nos pisaba los talones, flotaba muy cerca del techo con la capa aleteando tras él.

—Cara, espérame —le grité casi sin aliento.

Alcanzamos a ver frente a nosotros un rectángulo de luz amarilla. La puerta; la puerta del sótano.

«Ojalá pudiéramos llegar hasta la entrada —pensé—. Si pudiéramos llegar hasta el sótano, cerraríamos la puerta a nuestras espaldas y el conde Aladenoche quedaría atrapado en el túnel. Si conseguimos llegar al sótano, estaremos a salvo.

»Papá y mamá deben de haber llegado ya —supuse—. Por favor, que estén en casa».

Más adelante, el rectángulo de luz amarilla iba aumentando de tamaño. Cara corría con todas sus fuerzas, lanzando un profundo quejido con cada zancada. Ahora yo iba un par de metros por detrás de ella, y avanzaba tan rápido como me era posible. No me volví, pero alcanzaba a oír el aleteo de la capa del vampiro detrás de mí. Cara ya casi había llegado a la puerta.

«Venga, Cara, adelante», pensé. Notaba el pecho a punto de estallar. Sin embargo aceleré, en un intento desesperado por dar alcance a mi compañera y llegar a la puerta. Quería alcanzar la seguridad del sótano.

—Ooooh —grité al ver que el rectángulo de luz amarilla disminuía de tamaño—. La puerta se está cerrando.

—Noooooooo —aullamos Cara y yo al mismo tiempo.

La puerta se cerró con un fuerte golpe. Cara no consiguió detenerse a tiempo. Chocó contra la madera y rebotó, aturdida.

La sujeté por los hombros para ayudarla a recuperar el equilibrio.

—¿Te encuentras bien?

Cara no respondió. Se quedó mirando fijamente la puerta cerrada y extendió el brazo para asir el pomo.

—Freddy —murmuró—. Mira.

No había pomo. A este lado de la puerta no había pomo. Con un chillido frenético, apoyé el hombro contra la puerta de madera y empujé con todas mis fuerzas una y otra vez.

No ocurrió nada. Tenía el hombro dolorido, pero la puerta no cedió ni un milímetro.

—Socorro —grité—. Que alguien nos ayude. Queremos salir de aquí.

Ya era demasiado tarde. El conde Aladenoche nos había atrapado. Aterrizó silenciosamente y su capa descendió poco después en torno a él. Una tenue sonrisa iluminó su pálido rostro. Abrió los ojos plateados a causa de la excitación. Se pasaba la lengua por los labios resecos y ajados con movimientos rápidos.

—Corre hacia el otro lado —me susurró Cara al oído—. Huye hacia el túnel. Quizá, si sigue persiguiéndonos, acabe por cansarse.

Pero el vampiro levantó la capa para cortarnos el paso. ¿Acaso podía leer nuestros pensamientos? Manteniendo la capa en alto, dio

un paso hacia Cara.

—Qué sed tengo —murmuró—. Qué sed tengo.

Acto seguido bajó el rostro hacia el cuello de Cara.

11

—Déjela, déjela en paz —grité.

Me lancé a la cintura del anciano en un intento desesperado por apartarlo de ella, pero sólo logré sujetar la capa.

—Suéltela. Ya está bien —supliqué, tirando de la larga prenda roja.

No distinguía a Cara. Sólo alcanzaba a ver la capa del vampiro y sus hombros, mientras se cernía sobre mi amiga para chuparle la sangre.

—Por favor —le rogué—. Le traeré alguna otra cosa para beber. Por favor, deje marchar a Cara.

Para mi sorpresa, el conde Aladenoche levantó la cabeza. Se irguió y se apartó de Cara. Mi amiga se llevó la mano a la garganta y se frotó el cuello. Tenía los ojos abiertos de par en par a causa del miedo, y le temblaba la barbilla.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo el conde Aladenoche, meneando la cabeza con el ceño fruncido—. ¿Pero qué está pasando?

Me volví hacia Cara.

—¿Te ha mordido? —logré decir.

Cara se frotó el cuello.

—No —susurró.

—¿Qué está pasando aquí? —repitió el vampiro en voz baja, al tiempo que se llevaba una mano a los labios. Vi que abría la boca y se metía un dedo en el interior. Cerró los ojos y exploró con la yema del dedo—. Los colmillos —gritó al cabo. Aquellos ojos extraños se

le salieron de las órbitas y abrió mucho la boca—. Mis colmillos; han desaparecido.

Se volvió y empezó a rebuscar de nuevo por su boca. Entonces vi que tenía una oportunidad. Me puse a golpear la puerta del sótano con los puños.

—Mamá. Papá. ¿Me oís? —grité con todas mis fuerzas.

El conde Aladenoche no me prestó la menor atención. Le oía gemir a mis espaldas.

—Mis queridos colmillos —gritaba—. Han desaparecido. Me moriré de hambre sin mis colmillos.

Abrió la boca de par en par, para mostrarnos a Cara y a mí el interior. No tenía colmillos. De hecho no tenía ni un solo diente, sólo las encías desnudas.

—Estamos a salvo —le susurré a Cara.

«Es demasiado viejo para atacarnos —me dije—. Sin colmillos, el anciano vampiro no nos puede hacer ningún daño».

—Estamos a salvo. Estamos a salvo —grité.

Es curioso lo mucho que puede uno equivocarse algunas veces.

12

El anciano vampiro seguía palpándose la boca con un dedo sin dejar de menear la cabeza con pesar. Finalmente, lanzó un suspiro y dejó caer las manos a los lados.

—Condenado —susurró—. Estoy condenado. A menos que…

—Lo siento, no podemos ayudarle —dije—. Ahora, si no le importa, ¿podría abrir la puerta y dejarnos entrar en casa?

El conde Aladenoche se acarició el mentón y cerró los ojos, profundamente concentrado.

—Sí, déjenos salir de aquí —insistió Cara—. No podemos ayudarle, así que…

El vampiro abrió los ojos desmesuradamente.

—Sí que podéis ayudarme. Claro que podéis —aseguró—. Tenéis que hacerlo.

Respiré hondo.

—No, ni hablar —le dije—. Ahora, déjenos ir.

Se elevó flotando sobre nuestras cabezas y nos miró alternativamente a Cara y a mí. De pronto, sus ojos plateados parecían fríos, gélidos.

—Vais a ayudarme —declaró con voz suave—. Los dos, si es que queréis regresar a vuestras casas.

Me estremecí. De pronto el túnel me pareció mucho más frío, como si un viento helado soplara en su interior. Eché un vistazo hacia la puerta.

«Qué cerca —pensé—. Qué cerca de estar sanos y salvos en mi casa».

Al otro lado de la puerta estaríamos fuera de peligro. Pero no podíamos llegar hasta allí. Imposible. Era como si estuviéramos a mil kilómetros de distancia.

Volví a enfrentarme a la gélida mirada del anciano vampiro.

«Es malvado —comprendí—. Aunque no tiene colmillos sigue siendo malvado».

—Qu-qué podemos hacer —tartamudeó Cara.

—Sí, qué podemos hacer —repetí.

El vampiro descendió al suelo. Su expresión se había suavizado.

—La botella de Aliento de Vampiro —dijo—. ¿La habéis visto?

—Sí —le contesté—. La hemos encontrado en su ataúd.

—¿La tenéis vosotros? —preguntó ansioso, extendiendo una mano—. ¿La tenéis? Dádmela.

—No —le respondimos Cara y yo a un tiempo.

—No la hemos cogido —añadí—. Creo que se ha quedado en el suelo.

—Se-se nos cayó —tartamudeó Cara.

El viejo vampiro lanzó un grito sofocado.

—¿Cómo dices? ¿La habéis roto? ¿Habéis derramado el Aliento de Vampiro?

—Se ha caído solo —repliqué—. La estancia se ha llenado de humo. Hemos vuelto a poner el tapón, pero…

—Tenemos que encontrarla —declaró el conde Aladenoche—. Tengo que recuperar esa botella. Si aún queda un poco de Aliento de Vampiro, podré regresar a mi época.

Se me quedó mirando con los ojos entornados.

—Los vestidos, los peinados… vosotros dos no sois de mi época —aseguró—. ¿En qué año estamos?

Se lo dije y se quedó boquiabierto. Dejó escapar un graznido de asombro.

—Llevo dormido más de cien años —exclamó—. Tengo que encontrar el Aliento de Vampiro, sólo así conseguiré regresar a mi época y recuperar los colmillos.

Me quedé mirándolo fijamente, intentando asimilar lo que nos acababa de decir.

—¿Quiere decir que se irá? —le pregunté—. Si queda Aliento de Vampiro en la botella, ¿retrocederá en el tiempo cien años?

El anciano vampiro asintió.

—Ssssí —siseó—. Retrocederé en el tiempo. —Su mirada se había tornado fría de nuevo—. Pero sólo si queda un poco de ese preciado Aliento de Vampiro —comentó muy apesadumbrado—. Si no lo habéis derramado todo.

—Tiene que quedar algo —grité.

Cara y yo seguimos al conde Aladenoche de regreso por el túnel. Él iba flotando silenciosamente delante de nosotros, y la capa aleteaba a sus espaldas.

—Qué sed tengo —murmuraba—. Qué sed tan terrible.

—No puedo creer que estemos volviendo a la cripta —le susurré a Cara mientras avanzábamos a paso ligero sobre el suelo de piedra pulida—. No puedo creer que vayamos a ayudar al vampiro.

—No nos queda más remedio —contestó ella—. Queremos librarnos de él, ¿verdad?

Pisé uno de los charcos que había en el suelo y sentí el agua fría en los tobillos. El túnel trazó otra curva y seguimos adelante, hacia la pequeña cripta cuadrada. El conde Aladenoche se acercó a su ataúd y luego se volvió hacia nosotros.

—¿Dónde está la botella? —exigió saber.

Recogí mi linterna del suelo y apreté el interruptor varias veces, pero no se encendía la luz. Debía de haberse roto al caer, de modo que la volví a dejar en el suelo.

—La botella —repitió el viejo vampiro—. La necesito.

—Creo que Freddy la dejó en el interior del ataúd —le dijo Cara. Después se dirigió al centro de la sala y recorrió con el haz de luz toda la superficie de terciopelo rojo del ataúd.

—No, no está aquí —dijo el conde Aladenoche, impaciente—. ¿Dónde la habéis metido? Tenéis que encontrarla. No podéis ni imaginar la sed que tengo. ¡Hace por lo menos cien años!

«Menuda marmota», pensé.

—Tiene que estar por el suelo —le dijo Cara.

—Bueno, pues buscadla. A ver si la encontráis —nos urgió el vampiro con un grito agudo.

Cara y yo empezamos a buscar por el suelo. Yo iba junto a ella porque sólo teníamos una linterna para los dos. Paseó el cono de luz arriba y abajo por el suelo desnudo. No había ni rastro de la

botellita azul.

—¿Dónde está? —susurré—. ¿Dónde?

—No debería resultar muy difícil encontrarla en una sala vacía —comentó Cara.

—¿Crees que ha podido llegar rodando hasta el túnel? —sugerí.

Cara se mordió el labio inferior.

—Me temo que no. —Levantó la cabeza y me miró a los ojos—. No la habremos roto, ¿verdad?

—No. Después de volver a poner el tapón la he dejado en algún sitio —contesté.

Levanté la vista y me di cuenta de que el vampiro nos observaba con ojos feroces.

—Estoy empezando a perder la paciencia —nos previno, y se relamió los labios secos. Sus ojos gélidos pasaron de mí a Cara.

—Ahí está —gritó ella. El haz de su linterna se quedó quieto cerca de la base del ataúd. La botella azul estaba tumbada de lado allí mismo.

Atravesé la sala apresuradamente, me agaché con movimientos rápidos y recogí el Aliento de Vampiro.

Los ojos del conde Aladenoche destellaron emocionados. Una pálida sonrisa iluminó su rostro.

—Ábrela. Ahora mismo —me ordenó—. Ábrela y desapareceré. Regresaré a mi época, a mi precioso castillo. Adiós, niños, adiós. Ábrela. ¡Date prisa!

Me temblaban las manos. Cogí la botella firmemente con la mano izquierda. Bajé la mano derecha hacia el tapón de cristal de la botellita, lo cogí y tiré de él.

Y esperé, y esperé. Pero no ocurrió nada.

13

Y entonces oí una especie de vendaval. Estuve a punto de soltar la botella cuando una bruma verde empezó a salir por el cuello de la botella.

—¡Sí! —grité con júbilo. La botellita no estaba vacía.

El repulsivo hedor me hizo toser, de modo que contuve la respiración. Sin embargo no era el mal olor lo que más me preocupaba. Observé cómo se espesaba la niebla hasta que me fue imposible ver el ataúd en medio de la estancia. Ya no alcanzaba a ver a Cara, ni tampoco al anciano vampiro.

La niebla oscura formaba remolinos y giraba de aquí para allá. Me entraron ganas de gritar y dar saltos de alegría, porque sabía que el conde Aladenoche desaparecería en medio de la niebla y entonces estaríamos a salvo. Ya no volveríamos a verlo.

—Cara, ¿estás bien? —pregunté. Mi voz sonaba hueca, amortiguada por la bruma que nos rodeaba.

—Qué peste —se quejó Cara entre toses.

—Contén la respiración —le aconsejé—. Antes sólo ha tardado unos segundos en desaparecer.

—¡Qué ascooo! —protestó.

Cara estaba a mi lado, pero toda aquella bruma me impedía verla. El ambiente se había tornado tan húmedo y frío que de pronto me dio la impresión de que estaba sumergido en agua. Me sentí como si estuviera bajo el mar y por encima de mi cabeza las olas fueran pasando una tras otra.

Contuve el aliento y cuando el pecho empezó a arderme, dejé

escapar una prolongada bocanada de aire. Cerré los ojos y recé para que se disipara la niebla, para que la bruma se posase en el suelo y desapareciera, tal como había ocurrido antes.

«Por favor, por favor —pensé—. No permitas que Cara y yo nos ahoguemos en esta asquerosa niebla».

Unos segundos después abrí los ojos. La oscuridad se cernía a mi alrededor. Parpadeé varias veces. A lo lejos relumbraba un tenue recuadro de luz amarilla. Era la luz de la luna, que se filtraba a través de una ventana.

«¿Una ventana? En la sala no hay ninguna ventana», me dije.

Me volví y vi a Cara. En ese momento se esforzaba por tragar saliva, con los ojos abiertos de par en par, recorriendo nerviosamente la cripta con la mirada.

—Ha… ha desaparecido —murmuró—. Freddy, el vampiro ha desaparecido.

Entorné los ojos y miré hacia la tenue luz de la luna.

—Sí, pero ¿dónde estamos? —susurré. Señalé la ventana abierta en el otro extremo de la estancia—. Antes no había ninguna ventana.

Cara se mordió el labio inferior.

—No estamos en la misma habitación —dijo en voz queda—. Ésta es tan grande y… —dejó la frase colgando.

—¡Ataúdes! —grité.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la escasa luz, unas siluetas bajas y sólidas tomaron forma entre las sombras y me di cuenta de que me hallaba frente a dos largas hileras de ataúdes.

—¿Dónde estamos? —gritó Cara, incapaz de disimular el miedo en su voz—. Será alguna especie de cementerio, o algo por el estilo.

—No, estamos dentro de un edificio —dije—. Esto no es un cementerio. Estamos en el interior de una sala; muy grande, además.

Levanté la vista hacia el alto techo, del que colgaban dos arañas de cristal que relumbraban con un brillo apagado a la pálida luz de la luna. Las paredes oscuras estaban revestidas de enormes cuadros. Incluso en aquella penumbra, alcancé a distinguir que eran retratos de hombres y mujeres muy serios con trajes de etiqueta negros y anticuados.

Me volví hacia las hileras de ataúdes y empecé a contarlos en silencio.

—Debe de haber al menos dos docenas de ataúdes en esta sala —le susurré a Cara.

—Todos perfectamente alineados en dos filas —añadió ella—. Freddy, ¿crees que…?

—¿Que nos ha llevado con él? —murmuré.

—¿Eh? —Cara se mordió el labio.

—El conde Aladenoche nos ha llevado con él —le repetí—. En teoría debía regresar a su castillo; pero solo. Ha dicho que se iría y que nunca volveríamos a verlo. Pero nos ha llevado con él, Cara. Estoy seguro de que nos ha arrastrado consigo. —Cara se quedó mirando las hileras de ataúdes.

—¿Cómo iba a hacer eso? —gritó—. No es posible.

Quise contestar, pero un ruido me interrumpió. Era una especie de chirrido. Al oír un segundo chirrido, esta vez más cercano, un escalofrío me recorrió la espalda.

Cara me cogió del brazo. Ella también lo había oído.

—Freddy, mira —susurró.

Con los ojos entornados, observé la estancia apenas iluminada.

—Los ataúdes —murmuré.

Se estaban abriendo entre chirridos.

14

Las tapas de los ataúdes fueron abriéndose lentamente. Vi las pálidas manos que los empujaban desde el interior. Las tapas se abrieron por completo emitiendo desagradables chirridos, y luego se quedaron en sentido vertical. Cara y yo nos acurrucamos muy juntitos, incapaces de movernos. Nos era imposible apartar la mirada de aquella aterradora visión.

A medida que los vampiros iban incorporándose, oí gemidos y gruñidos profundos. Las manos huesudas se aferraban a los lados de los ataúdes. Se oían toses y secos carraspeos. Los vampiros se incorporaron lentamente. A la luz de la luna sus rostros parecían amarillentos. Los ojos de color plata mate desprendían un brillo apagado.

—Oooooh. —Sus gritos resonaban en las altas paredes. Sus articulaciones crujían y rechinaban.

Parecían muy viejos. Más viejos que las personas más ancianas que uno ve por la calle. Su piel era tan fina y estaba tan tensa que se les notaban todos los huesos.

«Esqueletos vivientes», pensé. Sus osamentas ancestrales crujían cuando realizaban cualquier movimiento.

—Oooooh. —Se levantaron no sin esfuerzo. Unas piernas escuálidas como patas de araña empezaron a salir de los ataúdes.

Cara y yo conseguimos por fin movernos. Retrocedimos hacia las profundas sombras en las que estaba inmersa la pared. Alcancé a oír más toses. Cerca de la ventana, un vampiro de pelo blanco conseguía salir de su ataúd, tosiendo y resollando como si estuviera

a punto de ahogarse.

—Qué sed tengo —oí que susurraba uno de ellos.

—Qué sed tengo… qué sed —repetían los demás.

Fueron descendiendo de los ataúdes, desperezándose y gruñendo.

—Qué sed tengo… qué sed tengo —se lamentaban a coro. Sus voces sonaban secas y ásperas, como si tuvieran la garganta dolorida, como si fueran sólo aire.

Iban vestidos de negro, con trajes de etiqueta. Los cuellos almidonados de las camisas les llegaban hasta la barbilla. Algunos llevaban capas largas y brillantes, que se iban ajustando al cuerpo con dedos blancos y huesudos, para luego lanzarlas hacia atrás por encima de sus hombros escuálidos y encorvados.

—Qué sed tengo…, qué sed tengo. —Sus ojos plateados fueron adquiriendo brillo a medida que despertaban.

Entonces, de pie en el pasillo que quedaba entre las dos hileras de ataúdes, empezaron a aletear con sus escuálidos brazos. Al principio lentamente. Los brazos les crujían conforme los subían y bajaban. Los ojos plateados destellaban en sus rostros viejos y pálidos. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Cada vez aleteaban con más velocidad, entre gruñidos y quejidos. Sus movimientos resonaban en las paredes y el alto techo.

Ahora aleteaban más y más rápido.

Ante nuestras miradas asombradas, los ancianos enfermizos y gimoteantes empezaron a menguar. Sus brazos en movimiento se convirtieron en alas negras y sus ojos se tornaron rojos en unos rostros que parecían los de un roedor. En cuestión de segundos se encogieron y se transformaron en murciélagos negros que no cesaban de aletear.

Y luego volvieron sus ojos rojos hacia nosotros.

15

¿Nos habían visto? ¿Eran capaces de vernos en la oscuridad, mientras permanecíamos con la espalda pegada al muro de piedra?

Los murciélagos empezaron a revolotear sobre los ataúdes abiertos. Sus alas en movimiento relumbraban, plateadas a la luz de la luna. Oí un cascabeleo, como si fuera la advertencia de una serpiente. Pero muy pronto el cascabeleo se convirtió en un siseo. Los murciélagos abrieron las fauces, dejando a la vista sus afilados colmillos amarillentos y emitieron un intenso siseo.

¡Vaya estruendo! Era un pitido agudo y furioso que fue aumentando de intensidad hasta ahogar el ruido del aleteo de sus alas; un siseo de ataque. Ahora estaban despiertos y listos. Preparados para arremeter contra mí y dejarme tumbado en el suelo, para hincar aquellos colmillos afilados en mi carne. Y beber y beber…

—Freddy —gritó Cara. Levantó las manos frente a sí para protegerse el rostro—. ¡Freddy! —repitió.

El agudo siseo me rodeó por completo hasta el punto que me dio la sensación de que procedía del interior de mi cabeza. Me tapé las orejas para intentar sofocarlo. Con las manos a ambos lados de la cabeza, observé sus ojos rojos y destellantes, y me preparé para recibir el ataque. Sin embargo, para mi sorpresa, los murciélagos no se abalanzaron sobre nosotros. Ascendieron hacia el techo, dieron la vuelta y salieron uno tras otro, en una larga hilera, por la ventana abierta que había al otro lado de la estancia.

Me quedé con la boca abierta y me di cuenta de que había

dejado de respirar. Los seguí con la vista hasta que se perdieron en la noche, aleteando fugazmente, y el agudo siseo desapareció con ellos. Entonces respiré hondo y dejé escapar el aire lentamente.

—Cara —susurré—. Estamos a salvo. No nos han descubierto.

Ella asintió sin abrir la boca. Un grueso mechón de su cabello castaño se le había quedado pegado sobre la frente. Con una mano trémula, se lo apartó hacia atrás.

—Caray —murmuró, meneando la cabeza—. Caray.

—Estamos a salvo —repetí. Escudriñé la enorme estancia. La hilera de ataúdes abiertos se extendía hasta la ventana. La madera oscura brillaba a la luz de la luna. Sus largas sombras se prolongaban por el suelo.

—Ahora estamos a salvo —ríe repetí a Cara una vez más—. Nos hemos quedado solos.

Oímos unos pasos a nuestras espaldas y los dos soltamos un grito. Alguien carraspeó. Me di la vuelta con tanta rapidez que estuve a punto de perder el equilibrio.

El conde Aladenoche entró a paso lento en la sala con una antorcha llameante. La luz de la antorcha le iluminaba la cara. Tenía los ojos plateados abiertos de par en par en una expresión de sorpresa.

—¿Qué hacéis aquí vosotros dos? —exigió saber.

Abrí la boca para responder, pero no logré sino emitir un tartamudeo ahogado.

—Éste no es vuestro sitio —afirmó el anciano vampiro con voz atronadora. Agitó la antorcha frente a él, y al hacerlo dejó una estela de luz anaranjada—. No tenéis ningún derecho a estar aquí. Ésta es mi época y éste mi castillo.

Se elevó y se quedó flotando a cierta altura. De pronto sus ojos me parecieron tan brillantes como la antorcha.

—Éste no es vuestro lugar —repitió con voz amenazadora.

—Pero-pero… —tartamudeé, atemorizado, furioso y confuso al mismo tiempo.

—Es usted quien nos ha traído aquí —protestó Cara muy enfadada, al tiempo que le señalaba con un dedo acusador—. No le hemos seguido.

—Tiene razón. —Por fin logré encontrar mi voz extraviada—.

Usted nos ha prometido que se iría y nos dejaría en paz, pero nos ha traído a su castillo con usted.

Flotando aún a un par de metros del suelo, el conde Aladenoche se acarició la barbilla con una mano mientras con la otra mantenía en alto la antorcha.

—Hmmm —murmuró. Sus ojos nos lanzaron un destello—. Hmmm.

—Tiene que enviarnos de regreso a casa —exigió Cara, con los brazos en jarras.

—Sí —corroboré—. Devuélvanos a nuestra casa, ahora mismo.

El conde Aladenoche descendió silenciosamente hasta el suelo. Bajo la luz parpadeante de la antorcha, de pronto parecía apesadumbrado. La luz que iluminaba sus ojos se apagó. Bajó la cabeza y lanzó un suspiro.

—Envíenos a casa —insistió Cara—. No le contaremos nada a nadie. Olvidaremos todo lo que ha ocurrido.

El viejo vampiro echó hacia atrás la capa y meneó la cabeza.

—No puedo enviaros de regreso a casa —susurró.

—¿Por qué no? —pregunté.

Él volvió a suspirar.

—No sé cómo hacerlo.

—¿Eh? —Cara y yo lanzamos un grito ahogado al mismo tiempo.

—No sé cómo haceros regresar —repitió el conde Aladenoche—. Soy vampiro, no mago.

—Pero-pero… —Empezaba a tartamudear de nuevo. Todo mi cuerpo se estremeció a causa del pánico.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Cara con voz estridente.

El anciano vampiro volvió a encogerse de hombros.

—No hay ningún problema —contestó en voz queda—. Ninguno en absoluto. En cuanto encuentre mis colmillos, beberé vuestra sangre y os convertiré a los dos en vampiros.

16

—Pero nosotros queremos regresar a casa —grité.

—No deseamos convertirnos en vampiros —gimoteó Cara—. No es justo. Le hemos ayudado, ahora usted nos tiene que ayudar a nosotros.

El viejo vampiro no nos hacía ni caso. A la luz anaranjada y parpadeante de la antorcha, su mirada me indicó que estaba soñando despierto. Daba la impresión de que todo su cuerpo brillaba a la luz mortecina de la antorcha.

—El Aliento de Vampiro —susurró—. Lo necesito, ahora mismo.

—Envíenos a casa, enseguida —le ordenó Cara—. Lo digo en serio. Devuélvanos a nuestro hogar.

Apreté los puños. Estaba hecho una furia.

La verdad es que le habíamos ayudado a regresar a su castillo y él, ¿cómo iba a recompensarnos? Pues mordiéndonos el cuello para convertirnos en vampiros y mantenernos allí por siempre jamás.

Intenté imaginar cómo sería vivir en aquel castillo y dormir todo el día en un ataúd; cómo sería levantarse a la caída de la noche y transformarse en un murciélago; cómo sería volar una noche tras otra en busca de cuellos a los que asestar un mordisco; para siempre jamás. La simple idea me hizo estremecer de terror.

«No volveré a quejarme nunca más por tener que hacer de canguro para Tyler Brown», decidí.

Entonces me asaltó una terrible idea y el corazón me dio un vuelco: era posible que no volviera a ver nunca a Tyler Brown, ni a mamá, ni a papá, ni a ninguno de mis amigos.

—Tiene que enviarnos a casa —le grité al conde Aladenoche—. Tiene que hacerlo.

Ahora el vampiro caminaba arriba y abajo delante de nosotros, agitando de un lado a otro la antorcha. No nos prestaba ninguna atención. Tengo la impresión de que ni siquiera se daba cuenta de que Cara y yo seguíamos en la sala.

—Aliento de Vampiro —repetía—. Tengo que encontrar el Aliento de Vampiro.

«¿Dónde estará la botella de Aliento de Vampiro? —me pregunté—. La tenía en la mano cuando la he abierto antes en la pequeña cripta».

Escudriñé el suelo, pero no hallé ni rastro de la botellita azul. Caí en la cuenta de que debía haber desaparecido cuando retrocedimos en el tiempo.

—¿Para qué la necesita? —preguntó Cara.

El anciano vampiro la miró con los ojos entornados.

—Cuando un vampiro está despierto, necesita Aliento de Vampiro todos los días —masculló—. No podemos alimentarnos únicamente de sangre.

Cara y yo nos quedamos mirándolo, esperando que continuara.

—Vivimos todos juntos, aquí en mi castillo —prosiguió con su voz áspera y susurrante—. Habitamos aquí para estar cerca de nuestras reservas de Aliento de Vampiro. Cada uno tiene sus propias botellas y las guarda con celo.

Lanzó un suspiro.

—Pero, ahora que me acuerdo, nuestras reservas se estaban agotando. A mí ya sólo me quedaba una botella. Tengo que encontrarla. La necesito.

—Pero ¿para qué le sirve? —le pregunté.

—Para todo —gritó el conde Aladenoche—. El Aliento de Vampiro lo es todo para un vampiro. Nos permite viajar en el tiempo, hacernos invisibles y reaparecer. Mantiene nuestra piel suave y tersa. Nos proporciona energía. Nos ayuda a dormir. Evita que los huesos se nos sequen y queden convertidos en polvo. ¡Nos refresca el aliento!

—Caray —murmuré, meneando la cabeza.

—¿Pero de qué modo le ayudará a encontrar los colmillos? —

insistió Cara.

—El Aliento de Vampiro mejora la memoria —confesó el anciano vampiro—. Cuando llevas vivo cientos de años, resulta difícil recordar ciertas cosas. El Aliento de Vampiro me permitirá acordarme de dónde dejé los colmillos.

Se volvió hacia mí y me miró fijamente.

—La botella. ¿Aún la tienes?

Noté el poder de sus ojos plateados. Los sentía abriéndose paso a través de mí como un rayo, como si buscaran mi mente.

—N-no —tartamudeé—. No la tengo.

—No le servirá de nada —gritó Cara—. La hemos vaciado. ¿No se acuerda? Hemos vaciado toda la botella para traerle de regreso aquí.

El conde Aladenoche meneó la cabeza con impaciencia.

—Eso ha sido en el futuro —espetó—. Eso ocurrirá dentro de más de cien años. Ahora estamos en 1880, ¿recuerdas? En 1880 la botella sigue llena.

La cabeza me daba vueltas. Me apoyé en el ataúd e intenté encontrar algún sentido a lo que decía.

El anciano vampiro empezó a pasear arriba y abajo otra vez, acariciándose la barbilla en actitud pensativa.

—Escondí la botella en algún sitio —murmuró—. La escondí para que los demás no la encontraran mientras yo me echaba una siestecita. ¿Pero dónde? ¿Dónde la oculté? Tengo que encontrarla, la necesito.

Dio media vuelta y cuando se alejó de nosotros, su larga capa roja se alzó flotando tras él. La luz anaranjada de la antorcha se mecía delante de él en su trayecto por el aire hacia la entrada.

—¿Dónde? ¿Dónde? —se preguntaba, meneando la cabeza.

Pocos segundos después, se desvaneció.

Cara y yo nos quedamos a solas con las hileras de ataúdes en la amplia estancia. Mi amiga emitió un suspiro de pesar y señaló los ataúdes.

—Espero que me toque uno cerca de la ventana —bromeó—. Me gusta el aire fresco.

Yo seguía apoyado contra el ataúd más próximo. Me levanté y di un fuerte puñetazo en un lado del mismo.

—No puedo creerlo —grité.

—Sólo tengo doce años —gimió Cara—. No estoy preparada para morir y vivir eternamente.

Me costó trabajo tragar saliva.

—Ya sabes lo que debemos hacer, ¿verdad? —le dije en voz baja —. Tenemos que encontrar el Aliento de Vampiro antes que el conde Aladenoche. Si él lo encuentra primero y recupera los colmillos, estamos perdidos.

—Ni hablar —replicó Cara bruscamente—. Se me ocurre un plan mucho mejor.

—¿Un plan mejor? ¿De qué se trata?

17

Cara miró hacia la puerta y luego otra vez en dirección a donde yo me encontraba.

—Tenemos que salir de aquí —susurró.

—¿Ése es tu plan? —exclamé—. ¿Ya está? ¿Ése es tu magnífico plan?

Ella asintió y se llevó un dedo a los labios.

—A lo mejor, si huimos del castillo, podremos encontrar ayuda —explicó—. Si nos quedamos aquí, estaremos perdidos hagamos lo que hagamos. Si nos quedamos aquí, nos tendrá en sus manos.

—¿Cómo van a ayudarnos? —repliqué—. Hemos retrocedido más de cien años en el tiempo, ¿no te acuerdas? ¿Cómo va a ayudarnos alguien que viva fuera del castillo a regresar al futuro?

—No lo sé —contestó Cara, apesadumbrada—. Sólo sé que si nos quedamos en este siniestro castillo, no tendremos la menor oportunidad.

Abrí la boca para seguir discutiendo, pero no se me ocurrió nada más que decir. Probablemente Cara estaba en lo cierto. La mejor opción era escapar.

—Venga —susurró. Me dio la mano y empezó a tirar de mí a lo largo de las hileras de ataúdes.

Yo me resistí.

—¿Adonde vamos?

Ella levantó un dedo.

—Hacia la ventana. Vamos a ver si podemos trepar por allí.

La estancia era más amplia que el gimnasio de nuestro colegio.

Atravesamos a paso ligero el pasillo que separaba las dos hileras de ataúdes abiertos. Me resultaba imposible apartar la mirada de los lechos de madera.

«Aquí dentro duermen vampiros».

Ésas eran las únicas palabras que tenía en mente mientras caminábamos a toda prisa entre ellos.

«Es posible que muy pronto también nosotros lo hagamos».

Me estremecí y hube de detenerme.

—Mira, Cara. —Señalé hacia la ventana que teníamos ante nosotros—. Es una pérdida de tiempo.

Ella lanzó un suspiro y entendió a qué me refería. La ventana estaba muy alta en la pared, muy por encima de nuestras cabezas. No conseguiríamos alcanzarla ni siquiera con una escalera.

—El único modo de pasar a través de esa ventana sería volando —le dije con voz queda.

Cara frunció el ceño y se quedó mirando la ventana.

—Espero que no nos pasemos el resto de nuestras vidas meneando unas alas de vampiro para entrar y salir volando por esa ventana —dijo.

—Tiene que haber un modo de salir de este castillo —aseguré, con falso optimismo—. Venga, vamos a ver si encontramos la puerta principal.

—Freddy, no. —Cara me retuvo—. No podemos echar a correr por los pasillos. El conde Aladenoche nos vería.

—Tendremos cuidado —dije—. Venga, Cara. Encontraremos un modo de salir de aquí.

Nos volvimos y echamos a correr los dos juntos por entre los ataúdes vacíos. Salimos por la puerta y fuimos a parar a un largo pasillo apenas iluminado.

El corredor parecía prolongarse kilómetros y kilómetros. A ambos lados del pasillo había puertas de madera oscura, todas ellas cerradas. Encima de cada puerta, una lámpara de gas proyectaba un tenue fulgor amarillento. Los pies se me quedaron trabados en la gruesa alfombra azul. Flotaba en el aire un aroma agrio. Una horrible gárgola de piedra me miraba burlona desde lo alto, encaramada sobre la puerta. Me volví para evitar su mirada malvada y eché un vistazo hacia ambos extremos del largo pasillo.

Las hileras de puertas se prolongaban en ambas direcciones.

—¿Hacia dónde vamos? —susurré.

Cara se encogió de hombros.

—Lo cierto es que no importa mucho. Lo que tenemos que hacer es encontrar la puerta que nos lleve al exterior.

Empezamos a caminar en silencio sobre la gruesa alfombra.

Las lámparas de gas proyectaban una luz tenue y tenebrosa. Daba la impresión de que nuestras sombras se escondían detrás de nosotros conforme íbamos avanzando. Nos detuvimos ante la primera puerta que encontramos.

Así el pomo y lo giré. La pesada puerta emitió un chirrido al abrirse.

Ante nosotros apareció una amplia sala cuadrada totalmente amueblada. Los muebles estaban cubiertos por sábanas blancas. Las sillas se erguían como fantasmas tras el largo sofá cubierto. En una esquina, detrás de una chimenea hollinienta, un reloj de pie vigilaba la estancia.

Cara señaló los pesados cortinajes negros que recubrían la pared de enfrente.

—Ahí detrás tiene que haber una ventana. Vamos a ver.

Atravesamos la sala a la carrera. Estuve a punto de resbalar y al bajar la mirada comprobé que una capa de polvo de más de dos centímetros de grosor cubría el suelo.

—Me parece que hace una buena temporada que no se utiliza esta habitación —comenté.

Cara no dijo nada. Levantó una esquina de la pesada cortina y tiró de ella. Yo extendí el brazo para ayudarla. Al descorrer la cortina, quedó al descubierto una ventana cubierta de polvo.

—¡Bien! —exclamé.

—No tan deprisa —me advirtió Cara tristemente.

Enseguida comprendí a qué se refería. La ventana estaba protegida por gruesos barrotes negros.

—Aggghh. —Con un gruñido asqueado, Cara volvió a poner la cortina en su lugar. Salimos a toda prisa al pasillo y probamos suerte con la puerta que había enfrente. Entramos en una salita llena de baúles de viaje. Los baúles estaban apilados unos encima de otros hasta el techo. En esta habitación no había ventanas.

En el centro de la siguiente sala había una antigua mesa de madera oscura, un mueble enorme. Las paredes estaban revestidas desde el suelo hasta el techo de estanterías llenas de libros de aspecto muy antiguo. La ventana también estaba cubierta por una pesada cortina negra.

Tiré ansioso de la cortina y me encontré con otra ventana polvorienta, también protegida por gruesos barrotes negros.

—Qué extraño —murmuré.

—Este castillo es como una cárcel —comentó Cara con un susurro trémulo. Los ojillos marrones le brillaban atemorizados—. Sin embargo, tiene que haber un modo de salir de aquí.

Volvimos a salir al largo pasillo. Yo me detuve en seco al oír un suave sonido parecido a un aleteo. ¿Eran alas de murciélago? ¿Regresaban los vampiros?

Cara también lo había oído.

—Date prisa —me susurró.

Abrimos de golpe la siguiente puerta y entramos como flechas. Me cuidé de cerrar la puerta detrás de nosotros y después me volví para comprobar que habíamos entrado en un enorme comedor. Una larga mesa llenaba la mayor parte de la estancia. Encima del tablero no había nada, a no ser por unos cuantos candelabros en el centro con unas velas ya casi consumidas. La cera había formado pequeños montículos sobre la mesa. Los charquitos estaban recubiertos de una capa gris de polvo.

—Hace mucho tiempo que nadie viene por aquí —murmuré.

Cara ya estaba ante la ventana. Descorrió la cortina y dejó al descubierto otra ventana con barrotes.

—Agghh. —Se llevó las manos a la cabeza, desesperada—. Todas las ventanas tienen barras —gimió—. Y si seguimos deambulando por los pasillos, al final acabarán encontrándonos.

Con la mirada fija en la larga mesa polvorienta, se me ocurrió una idea.

—Los vampiros no comen —dije.

—¿Y qué? —gritó Cara. Dio un fuerte puñetazo contra la gruesa cortina negra.

—Pues que es muy posible que no entren nunca a la cocina —seguí—. Allí estaremos seguros. Y quizás en la cocina haya una

puerta. Quizá…

Cara lanzó un suspiro.

—Quizá, quizá, quizá. —Meneó la cabeza, apesadumbrada—. Hay un millar de habitaciones en este siniestro castillo. ¿Cómo vamos a encontrar la cocina?

La aferré por los hombros y la conduje hacia la puerta.

—Bueno, esto es el comedor, ¿verdad? Es posible que la cocina esté al lado del comedor.

—Quizá, quizá, quizá —me repitió con amargura.

La llevé de vuelta al pasillo y luego me adelanté hasta la siguiente puerta. La abrimos y echamos un vistazo al interior. No, no era la cocina. Seguimos recorriendo apresuradamente el corredor, probando una puerta tras otra. La cocina no aparecía por ninguna parte. No dejábamos de mirar hacia atrás, por si aparecía el conde Aladenoche. No teníamos ningunas ganas de toparnos con él. Doblamos una esquina y nos encontramos en un pasillo más estrecho y oscuro. Probamos suerte con la primera puerta.

¡Bien!

Apareció ante nosotros una cocina antigua con un amplio hogar, una estufa de madera y cacerolas y sartenes ennegrecidas colgando de la pared junto a la chimenea.

Escudriñé rápidamente la estancia y di con la espaciosa ventana de la cocina: no estaba cubierta por ninguna cortina y no tenía barrotes.

—Sííííí —gritó Cara con júbilo.

Los dos nos abalanzamos hacia la ventana. ¿Seríamos capaces de abrirla? Lo intentamos empujando hacia arriba, pero no tenía asas ni nada que pudiéramos utilizar para levantar el marco.

—Rómpela —gritó Cara—. Rompe la ventana.

Me acerqué a la pared a la carrera y descolgué una pesada cacerola metálica. La arrastré hasta la ventana y eché el brazo hacia atrás, dispuesto a asestarle un buen golpe al cristal.

—Oh —gemí al oír una tosecilla.

Venía de nuestras espaldas, en el pasillo.

—Es él —susurré—. Es el conde Aladenoche.

—Rompe la ventana —insistió Cara.

—No, nos va a oír. Nos encontrará —susurré como respuesta.

Bajé la cacerola hasta el suelo y me volví para inspeccionar la ventana.

Se oyó otra tos, esta vez más cerca.

—Mira —le dije a Cara entre susurros—. Se abre hacia fuera, creo.

Extendí los brazos y empujé el vidrio cubierto de polvo.

Me apoyé en él y empujé con todas mis fuerzas. Lenta, muy lentamente, la ventana empezó a ceder. Con un gruñido, la abrí todo lo que pude. Entró una ráfaga de aire fresco y me volví para darle la mano a Cara y ayudarle a subir.

Un ruido procedente del otro lado de la puerta me hizo dar un salto.

—Rápido —susurré—. Se acerca.

Con el corazón latiéndome a toda prisa, empujé a Cara hacia la ventana y ambos salimos al alféizar tan rápido como nos fue posible.

18

—¿Nos ha visto? ¿Estaba en la cocina? —susurró Cara.

—No lo sé —confesé—. No le he visto, pero desde luego estaba en el pasillo.

—Si nos ha visto… —empezó a decir Cara. Una ráfaga de viento ahogó el resto de la frase.

El viento nocturno me resultaba agradable y refrescante. Grandes nubarrones ocultaron la luna llena y nos sumimos en la más absoluta oscuridad. Cara y yo estábamos de rodillas, de espaldas a la cocina. Me acurruqué contra la pared y me esforcé por mantener el equilibrio sobre el estrecho alféizar.

—Vamos a ello —sugerí.

Los dos nos volvimos de cara a la ventana. Entonces, aferrándonos al alféizar de piedra con ambas manos, empezamos a bajar por el muro, descendiendo hacia el suelo, cada vez más y más abajo.

—Eh —grité al notar que mis pies no tocaban nada sólido.

Un rayo de luna se abrió paso entre las nubes. Bajé la vista y abrí la boca para lanzar un grito ronco. Los pies me colgaban en el aire y mis manos seguían aferradas al alféizar por encima de mi cabeza. Me quedé mirando un espacio vacío. Mucho más abajo alcancé a ver rocas oscuras y dentadas que relumbraban con brillo apagado bajo la luz de la luna.

Pero eso era abajo, mucho, muchísimo más abajo, a kilómetros de distancia.

—Es-estamos sobre un acantilado —tartamudeó Cara—. El

castillo está construido sobre un acantilado.

—Ooooh —lancé un grito de terror.

El castillo se erigía sobre un precipicio de roca cortado a pico. Y ahora mismo colgábamos del borde de una ventana, meciéndonos en el aire, sólo agarrados con nuestras manos. Empezaban a dolerme los brazos. Noté que las manos se me resbalaban y que cada vez estaba menos firmemente asido al alféizar que tenía sobre mi cabeza.

—Cara —gemí.

19

Mis manos arañaron las oscuras piedras del muro. Luchaba por agarrarme a algo, a cualquier cosa. Pero estaba cayendo demasiado aprisa. Daba patadas al aire y movía los brazos como aspas de molino. El viento ululaba y soplaba a mi alrededor como si intentara impulsarme hacia arriba. ¿Era yo quien aullaba de aquel modo? Estaba cayendo demasiado deprisa para oír mis propios gritos.

De pronto, me detuve. Dejé de gritar: ya no estaba cayendo. Una sombra negra pasó sobre mí. Noté que se clavaba algo afilado en mis hombros. Una bocanada de aliento cálido me acarició la nuca. Oí un estruendoso aleteo y un latido agitado. Me agarré con todas mis fuerzas a la sombra y me di cuenta de que volvía a ascender. Cuando eché la cabeza hacia atrás, distinguí dos brillantes ojos rojos. El aliento caliente brotaba de una boca oscura abierta de par en par.

«Va a comerme —comprendí—. Estoy atrapado dentro de una sombra con ojos rojos. Me tiene cogido en sus garras y me lleva cada vez más arriba».

Entonces me rodeó la oscuridad. Caí una breve distancia y aterricé de pie con un ruido sordo. La oscuridad se atenuó.

Abrí los ojos y vi a Cara, que estaba boquiabierta de asombro.

—Freddy —consiguió mascullar.

Me volví hacia la enorme ventana abierta para ver al gigantesco murciélago que me había llevado de regreso hasta la cocina.

El animal agitaba las alas contra el suelo y sus ojos rojos

destellaban furiosamente en su fea carota.

«Nos ha salvado la vida», admití a regañadientes.

Caí de rodillas y tuve que aferrarme a un lado de la estufa para no perder el equilibrio.

«Estoy bien. Estoy a salvo», me dije.

Levanté la vista hacia el enorme vampiro. El animal empezó a menguar. Se acurrucó entre sus alas negras, rodeándose con ellas. Las alas se convirtieron en una capa roja que, al abrirse, mostró al conde Aladenoche.

—Has cometido un grave error, jovencito —me reprendió con severidad. Sus extraños ojos plateados se clavaron en los míos como ascuas—. ¿Acaso creías que podrías volar? —me preguntó con un mueca burlona—. Todavía no estás preparado para eso.

—Yo… yo… yo… —Estaba temblando tanto que no podía ni hablar.

—Cuando te convierta en un vampiro, podrás volar todas las noches —se mofó el conde Aladenoche. Bajó su rostro para acercarlo al mío, tanto que alcancé a oler la podredumbre de su piel pálida—. No intentes escapar de nuevo —rugió—. No harías más que perder el tiempo, y la próxima vez… no te salvaré.

Tragué saliva con dificultad. Contuve la respiración e intenté que mi corazón latiera a un ritmo normal. El conde Aladenoche se apartó de mí. Echando la capa hacia atrás, pasó flotando junto a Cara y atravesó la cocina. Se detuvo junto a la puerta y se volvió hacia nosotros.

—No os quedéis ahí —ordenó—. Venid a ayudarme a encontrar el Aliento de Vampiro. Se que está en esta ala del castillo. —Se llevó la mano a la garganta y dijo—: Qué sed tengo, qué sed tengo.

Miró fijamente a Cara con sus ojos plateados y luego me observó a mí.

—Debo recordar dónde escondí los colmillos. Venga, ayudadme a encontrar el Aliento de Vampiro. Seguro que está cerca de aquí.

No nos quedaba más remedio. Estaba junto a la puerta, esperando a que le siguiéramos.

Me puse en pie sin dejar de agarrarme a la estufa y crucé la cocina para llegar al pasillo siguiendo a Cara.

—Es posible que escondiera la botella en la habitación para

invitados de la realeza —dijo el conde Aladenoche, hablando consigo mismo. Abrió la puerta y desapareció en el interior del dormitorio que había mencionado.

Cara y yo seguimos caminando. Daba la impresión de que el pasillo se prolongaba durante kilómetros y kilómetros, una puerta tras otra. Y ésta sólo era una de las alas del castillo.

—¿Estás bien? —preguntó Cara, observándome mientras caminábamos—. Aún pareces tembloroso.

—Aún estoy tembloroso —confesé—. Después de todo, me he caído por un acantilado.

Cara meneó la cabeza.

—No va a resultar nada fácil escapar.

—No podemos escapar —le contesté—. El castillo se alza sobre un acantilado precisamente para que nadie escape.

Se apartó un mechón de cabello del rostro.

—No vamos a darnos por vencidos, Freddy. Tenemos que seguir intentándolo. En cuanto encuentre sus colmillos, querrá convertirnos en vampiros.

—Por eso mi primer plan es el mejor —insistí—. Tenemos que encontrar la botella de Aliento de Vampiro antes que él. Quizá nos sonría la suerte. Tal vez demos con ella primero.

—Pero ¿qué haremos una vez esté en nuestro poder?

—Pues, sobre todo, mantenerla fuera de su alcance.

La llevé hasta la siguiente estancia y ambos lanzamos un grito sofocado al ver los ataúdes. Había docenas de ellos, todos abiertos, perfectamente ordenados en cuatro hileras que llenaban la habitación.

—Otro dormitorio de vampiros —gritó Cara, sin poder evitar estremecerse—. Qué sitio tan siniestro, Freddy. Mira cuántos hay.

—Todos los vampiros han ido a algún sitio, seguro que están volando por ahí en busca de sangre fresca —dije—. Pero muy pronto regresarán a casa, y cuando nos vean…

Cara tragó saliva.

—Seremos su postre.

—Eh…, quizá deberíamos buscar el Aliento de Vampiro en otra habitación —sugerí—. En algún lugar alejado de estos ataúdes.

Pero entonces distinguí algo. Había un ataúd cerrado apoyado

contra la pared.

—Cara, mira eso —susurré, señalándolo—. Han dejado todos los demás ataúdes abiertos. Ése es el único que tiene la tapa bajada. ¿Crees que…?

Cara entornó los ojos para mirar el ataúd cerrado.

—Qué raro —murmuró—. Me parece extrañísimo.

La mente me bullía con ideas descabelladas.

—Quizá sea un ataúd vacío —sugerí, emocionado—. Quizás ahí no duerme nadie. Eso lo convertiría en el escondrijo perfecto para una botella de Aliento de Vampiro.

Cara me dio el alto.

—O quizás hay un vampiro durmiendo en el ataúd —me previno—. Si abrimos la tapa y lo despertamos… —Dejó la frase sin acabar.

—Tenemos que mirar en el interior —exclamé—. Tenemos que correr el riesgo.

Nos acercamos al ataúd y nos quedamos mirando la madera oscura y pulida de la tapa. Pasé una mano con mucho cuidado sobre la suave madera. Entonces, sin decir palabra, Cara aferró un asa, yo tomé la otra y lenta, muy lentamente, empezamos a levantar la tapa del ataúd.

20

La tapa era sólida y pesaba mucho. Cara y yo nos inclinamos hacia el ataúd y tiramos de ella. Poco después caía hacia el otro lado de la estructura de madera. Me volví hacia la puerta para asegurarme de que el conde Aladenoche no había oído nada, pero no había ni rastro de él.

Me puse de puntillas y miré hacia el interior del ataúd abierto. Estaba forrado de fieltro verde oscuro, que me recordó la mesa de billar de nuestro sótano. Lancé un suspiro: no sabía si volvería a ver el sótano de nuevo.

—Está vacío —murmuró Cara con pesar—. Sólo es un ataúd vacío.

—Tenemos que seguir buscando —afirmé. Ya empezaba a dar media vuelta cuando vi un pequeño compartimento. Había un bolsillo verde en uno de los lados del ataúd, como los que suelen tener las maletas. Se veía un poco abultado por uno de sus costados.

—Eh, espera un momento —le dije a Cara. Ella ya estaba a punto de salir de la habitación.

Metí la mano en el bolsillo y saqué una botellita de cristal azul.

—¡Cara, mira! —grité. Se me había olvidado que no queríamos que nos oyera el conde Aladenoche—. Lo he encontrado. He encontrado el Aliento de Vampiro.

Una sonrisa iluminó el rostro de Cara. Sus ojos castaños destellaron de emoción.

—Fantástico —exclamó—. Ahora tenemos que escondernos del conde Aladenoche, en algún sitio donde nunca llegue a

encontrarnos.

Levanté la botella a la altura de los ojos y la observé atentamente.

—Quizá deberíamos abrirla para que salga todo —propuse.

Cara se acercó a toda prisa y me arrebató la botellita.

—La última vez que la abrimos, nos hizo retroceder en el tiempo —dijo, exaltada—. Quizá si volvemos a abrirla…

—… nos haga regresar hacia el futuro —acabé la frase por ella —. ¡Sí! El conde Aladenoche dijo que una de sus utilidades era la de viajar en el tiempo. Si la abrimos y nos concentramos con todas nuestras fuerzas en el lugar al que queremos regresar, quizá volvamos a encontrarnos en el sótano de mi casa.

Los dos nos quedamos mirando la botella azul. ¿Debíamos esconderla del anciano vampiro para que no recuperara sus colmillos, o por el contrario era más aconsejable abrirla y confiar en que la bruma apestosa nos devolviera a nuestra época?

Cara asió la botella firmemente con una mano y llevó la otra hacia el tapón de cristal. Empezó a abrirla, pero luego se detuvo. Nos quedamos mirando sin decir una palabra.

—Adelante, hazlo —susurré.

Cara asintió para corroborar mi decisión. Volvió a girar el tapón y empezó a tirar de él, pero se interrumpió una vez más y lanzó un hondo suspiro. Alcancé a ver por el rabillo del ojo que algo se movía, oí una suave pisada y caí en la cuenta de que ya no estábamos solos.

21

Me di la vuelta, convencido de que vería al conde Aladenoche.

—Oh —mascullé asombrado al ver que salía una chica de entre las sombras.

Sus ojos eran de un azul muy claro, y los tenía sumamente abiertos a causa de la impresión.

Creo que estaba tan sorprendida como nosotros. Cuando se acercó, vi que llevaba el pelo peinado en tirabuzones rubios que le caían sobre los hombros. Iba vestida con un jersey gris muy antiguo y pasado de moda, y una blusa blanca.

«Debe de tener nuestra edad —pensé—. Pero sin duda alguna no es de nuestra época».

Se detuvo a varios ataúdes de distancia.

—¿Quiénes sois? —preguntó, mirándonos de arriba abajo con desconfianza—. ¿Qué hacéis aquí?

—Pa-para serte sincero, no lo sabemos —tartamudeé.

—Sabemos quiénes somos, pero no estamos muy seguros de qué hacemos aquí —me corrigió Cara.

—Hemos venido a parar aquí por equivocación —añadí.

La chica seguía pareciendo confusa. Se metió las manos en los bolsillos del jersey.

—¿Quién eres? —le preguntó Cara.

La chica no respondió de inmediato. Siguió estudiándonos con sus ojos de color azul pálido, sin acercarse.

—Gwendolyn —dijo al cabo—. Me llamo Gwendolyn.

—¿Eres uno de ellos? —Se me escapó la pregunta.

Gwendolyn se estremeció.

—No —contestó sin perder un instante. Su boca se contrajo en una mueca de furia—. No, los odio —aseguró—. Los odio, a todos.

Cara, incómoda, apoyó todo su peso sobre la otra pierna. Era evidente que estaba muy nerviosa. Me entregó la botella de Aliento de Vampiro. La botellita, después de haber estado en las manos de Cara, resultaba fría y húmeda al tacto. La bajé a un costado para que Gwendolyn no la viera.

—¿Vives aquí? —le preguntó Cara a Gwendolyn—. ¿Eres pariente del conde Aladenoche?

La mueca de Gwendolyn se tornó más agria.

—No —dijo con voz ahogada. Los ojos se le llenaron de lágrimas —. Estoy prisionera en este lugar. Sólo tengo doce años, pero me tratan como a una esclava.

Dejó que las lágrimas le resbalaran por sus mejillas pálidas.

—Una esclava —repitió con voz trémula—. ¿Sabéis qué me obligan a hacer? Tengo que limpiar y abrillantar sus ataúdes día y noche.

—Qué asco —murmuró Cara.

Gwendolyn lanzó un suspiro. Se apartó los tirabuzones rubios del rostro y se enjugó una lágrima.

—Día y noche. Hay una docena de salas llenas de ataúdes en el castillo, todas ellas repletas de hileras y más hileras de ataúdes. Y yo tengo que mantenerlos todos bien limpios y lustrosos para los vampiros.

—¿Y si te negaras? —pregunté—. ¿Qué ocurriría si le dijeras al conde Aladenoche que no piensas hacerlo?

Gwendolyn soltó una áspera risotada.

—Entonces me convertiría en un vampiro. —Volvió a estremecerse—. Prefiero seguir limpiando ataúdes —murmuró con amargura.

—¿No puedes huir? —propuse.

Dejó escapar otra árida carcajada.

—¿Escapar? Si lo hiciera, me perseguirían, se convertirían en murciélagos y volarían tras de mí. Cuando me alcanzaran, se beberían mi sangre hasta que me convirtiera en uno de ellos.

Me costó tragar saliva. Me compadecí de ella y no supe qué

decir.

—Éste no es nuestro lugar —le dijo Cara, mirando hacia la puerta—. El conde Aladenoche nos trajo aquí por equivocación. ¿Puedes ayudarnos? ¿Hay algún modo de huir de aquí?

Gwendolyn bajó la mirada al suelo, en profunda meditación.

—Es posible —dijo después de un rato—. Pero hemos de tener mucho cuidado. Si nos pilla…

—Lo tendremos —prometí.

Gwendolyn dirigió la mirada hacia el frente de la habitación.

—Seguidme —susurró—. Aprisa, ya está a punto de amanecer. Si vuelven los vampiros y os ven aquí, será demasiado tarde. Se abalanzarán sobre vosotros y os chuparán la sangre. No volveréis a ver la luz del día.

Nos llevó hasta el pasillo. Pegados a la pared, nos detuvimos para mirar en ambas direcciones. No había ni rastro del conde Aladenoche, pero éramos conscientes de que andaba cerca, en busca de la botella de Aliento de Vampiro, la misma que yo guardaba firmemente asida en la mano.

—Por aquí —nos indicó Gwendolyn entre susurros.

La seguimos a través de otra puerta, que daba a un estrecho tramo de escaleras. Las lámparas de gas de las paredes proyectaban una luz tenue e iluminaban nuestro descenso por las escaleras. Nos encontramos en un túnel largo y sinuoso. Gwendolyn nos condujo por aquel pasadizo a toda prisa y en silencio. Era tan estrecho que teníamos que caminar en fila india. El trayecto lleno de curvas nos llevaba hacia las entrañas del castillo.

—¿De verdad crees que podremos salir por este camino? —le preguntó Cara a Gwendolyn. La voz de Cara retumbó en el estrecho túnel.

Gwendolyn asintió.

—Sí, seguidme. Hay una salida secreta a través de la bodega del castillo.

Nuestros pasos resonaban en el sólido suelo del túnel. Delante de nosotros, el cabello rubio de Gwendolyn destellaba como una antorcha indicándonos el camino que debíamos seguir: el camino hacia la libertad y la seguridad.

Me acerqué a Cara.

—Esto va de maravilla —le susurré—. Vamos a salir de aquí y a llevarnos el Aliento de Vampiro.

Cara se llevó un dedo a los labios.

—Aún no hemos conseguido escapar —me recordó.

El túnel desembocaba en una bodega enorme y oscura. Gwendolyn tomó una antorcha que ardía en la pared y la levantó frente a sí para alumbrar el camino.

—Seguidme —susurró—. Aprisa.

La antorcha destellante proyectaba un estrecho haz de luz a través de la bodega. Más allá no se distinguía nada, a ambos lados reinaba la más absoluta oscuridad. Gwendolyn nos hizo adentrarnos más y más en la oscuridad. Allí abajo había un olor húmedo y agrio. A lo lejos, me pareció oír un goteo. Cara y yo nos acurrucamos el uno contra el otro, procurando mantenernos dentro del radio de luz de la antorcha. Apreté firmemente la botella de Aliento de Vampiro en mi mano.

Gwendolyn se detuvo tan repentinamente que estuvimos a punto de chocar con ella. Se giró despacio y la antorcha reveló que sonreía.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Cara—. ¿Dónde está la puerta?

—Sí, ya hemos llegado —susurró Gwendolyn—. Aquí estamos completamente solos.

—¿Eh? —exclamé. No entendía nada.

—Aquí os tengo a mi merced —continuó Gwendolyn, con una sonrisa cada vez más amplia. Tenía los ojos medio cerrados—. Aquí no nos interrumpirán el conde Aladenoche ni ninguno de los demás.

—Pero ¿hacia dónde podemos escapar? —insistí en saber.

Gwendolyn guardó silencio.

—¿Por qué nos hemos detenido aquí? —dijo Cara a pleno pulmón.

—Qué ssssed tengo —siseó Gwendolyn—. Qué sssed tan terrible.

Cuando bajó la antorcha, alcancé a ver unos colmillos largos y afilados que le llegaban hasta la barbilla.

—Qué sed tengo —gimió—. Qué sed tan terrible.

Me aferró por los hombros y noté la punta de sus colmillos contra la garganta.

22

—¡Noooo! —aullé.

La así por los brazos y me la quité de encima.

—No. Fuera de aquí. Apártate de mí —le grité.

Sus ojos brillaban de excitación y le resbalaba un hilillo de baba por los afilados colmillos.

—Qué ssssed tengo —siseó.

—Fuera de aquí. Vete —supliqué.

—Queréis escapar, ¿verdad? —se burló—. Pues éste es el único modo de escapar.

Echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca al máximo y se lanzó hacia mí.

—Ni pensarlo —grité, al tiempo que me zafaba de ella. Su cabello largo y rizado me rozó el rostro. Retrocedí tambaleándome y logré recuperar el equilibrio. Ella se dispuso a atacar de nuevo.

—Freddy, ¡el Aliento de Vampiro! —me recordó Cara—. Utiliza el Aliento de Vampiro. Es posible que nos lleve de regreso al futuro.

—¿Eh? —Había olvidado que lo llevaba en la mano.

—Qué sed tengo —murmuró Gwendolyn, relamiéndose los labios secos—. Qué sed tan terrible.

Levanté bien alto el Aliento de Vampiro. La botella de cristal azul reflejó la luz de la antorcha. Gwendolyn lanzó un grito ahogado y retrocedió, amedrentada. Yo empecé a tirar del tapón.

—¡No, por favor! —me rogó Gwendolyn—. Baja eso. No lo abras, por favor. Por favor, no lo abras.

Hice girar el tapón de cristal y tiré de él hasta que conseguí abrir

la botella.

23

No ocurrió nada. Los tres nos quedamos mirando la botellita azul abierta que tenía en la mano.

—Tarda algunos segundos —le dije a Cara. La voz me salió aguda y trémula—. ¿Recuerdas? Cuando la abrimos en el sótano de mi casa, tardó varios segundos en hacer efecto y a continuación empezó a salir la bruma pestilente.

Gwendolyn tenía los ojos abiertos de par en par y miraba fijamente la botella. Todos nos quedamos observándola en un silencio cargado de tensión. Pasaron algunos segundos, luego algunos más.

Gwendolyn rompió el silencio con una alegre carcajada:

—Está vacía —afirmó entre risas—. El castillo está lleno de botellitas vacías. Por ahí hay una habitación llena de ellas. —Señaló hacia la oscuridad.

Levanté la botella a la altura del rostro y escudriñé el interior del frasco con los ojos entornados. Estaba demasiado oscuro para ver nada, pero Gwendolyn tenía razón. Era evidente que estaba vacía.

La dejé caer al suelo. La mueca de Gwendolyn era terriblemente malvada a la luz de la antorcha. Intenté apartarme de ella, pero tropecé con una columna de piedra. Estaba atrapado. Gwendolyn me miró con expresión hambrienta y sus colmillos relumbraron bajo la pálida luz.

—Qué sed tengo —susurró—. Freddy, no huyas. Ayúdame, tengo tanta sed…

—Yo también tengo sed —retumbó una voz atronadora a mis espaldas.

Al volverme vi el relumbre de una antorcha anaranjada. La luz nos iluminaba y alcancé a distinguir el rostro furibundo del conde Aladenoche. Se acercó flotando hacia nosotros, mirando fijamente a Gwendolyn. A ella se le abrió la boca de par en par. Levantó las manos como si quisiera protegerse.

—Gwendolyn, ¿qué haces aquí abajo con mis prisioneros? —le preguntó el conde Aladenoche con severidad.

Ni siquiera le dio opción a contestar. Se elevó del suelo y empezó a flotar sobre Gwendolyn, con la capa extendida como las alas de un murciélago. Tenía los ojos plateados fijos en los de ella y abrió la boca para lanzar un furioso siseo. Los colmillos de Gwendolyn brillaron húmedos a la luz de la antorcha. Se echó hacia atrás los tirabuzones rubios, y protegiéndose todavía con ambas manos, lanzó un bufido al anciano vampiro que volaba sobre ella.

«Uuau —pensé—. Van a luchar».

Me incliné hacia delante, aterrorizado pero dispuesto a presenciarlo todo. Los dos vampiros se elevaron a cierta distancia del suelo. Volvieron a lanzarse siseos mutuos, como dos serpientes a punto de atacar.

—Freddy, venga —me susurró Cara. Me asió por el brazo y tiró de mí—. Ésta es la nuestra.

Cara tenía razón. Teníamos que intentar escapar mientras los dos vampiros estaban entretenidos luchando. Con el corazón latiéndome a toda velocidad, recogí la antorcha de Gwendolyn del suelo y eché a correr en pos de Cara. Nos abalanzamos a ciegas sótano adelante.

«Tiene que haber una salida —me repetía una y otra vez—. Tiene que haber un modo de salir de aquí».

Después de un rato vi una puerta abierta. Cara y yo fuimos hacia ella a toda prisa. Vi que ahora el conde Aladenoche flotaba a mayor altura, seguido por su capa. Gwendolyn le bufaba débilmente desde el suelo de la bodega.

No íbamos a tener tiempo de presenciar la pelea. Seguí a Cara al interior de la habitación.

—¿Dónde estamos? —susurré, antes de levantar la antorcha

frente a nosotros.

—Uuau —murmuró Cara cuando se iluminaron las estanterías que había junto a la pared—. No me lo puedo creer.

Habíamos encontrado la habitación de botellas de Aliento de Vampiro vacías de la que nos había hablado Gwendolyn. Todas las paredes estaban revestidas de estantería y cada una de las estanterías estaba llena a rebosar de botellas azules, montones y montones de botellitas de cristal azul.

—Aquí tiene que haber al menos un millón de botellas vacías —susurré.

Escudriñamos la habitación. A la luz de la antorcha, las botellas relumbraban como piedras preciosas azules. Cara meneó la cabeza de lado a lado, como si le molestara aquella asombrosa visión. Se giró hacia mí con una expresión solemne.

—Esto no nos va a ayudar en absoluto a escapar —murmuró.

—¿Escapar? —dijo una voz ronca desde el umbral.

El conde Aladenoche entró a paso ligero en la habitación.

—No tiene sentido que habléis de escapar —aseguró, entornando sus extraños ojos plateados hacia Cara y luego hacia mí —. Pues no hay forma de escapar del castillo del conde Aladenoche.

Levantó la capa y se elevó del suelo.

—¿Qu-qué va a hacer? —tartamudeé.

Echó hacia atrás la cabeza calva y lanzó un siseo aterrador. Me sentí retroceder más y más, hacia el fondo de la habitación. El vampiro utilizaba algún tipo de fuerza, una especie de poder ancestral. Se elevó hacia el techo. La capá ondeaba en torno a él. Parecía un frágil insecto dentro de un capullo púrpura, pero aun así alcanzaba a sentir su fuerza, que me echaba hacia atrás, me retenía, me volvía a empujar…

Y entonces, de pronto, noté que me dejaba libre. Cayó pesadamente al suelo. Sus ojos relumbraron e hizo chasquear los dedos huesudos mientras nos miraba sonriendo.

Cara y yo retrocedimos hasta la pared del fondo. Después de haberme visto sometido a aquella extraña fuerza me temblaban las rodillas y me costaba respirar.

—Ssssí —volvió a sisear—. Ahora lo recuerdo.

24

Cara y yo nos quedamos mirando al viejo vampiro en silencio. Él se giró hacia las estanterías de botellas azules.

—Es aquí donde escondí mi botella llena de Aliento de Vampiro —nos dijo—. La escondí en la habitación de las botellas vacías. Sabía que a los demás no se les ocurriría nunca mirar aquí.

Cuando sonrió, alcancé a ver sus encías, suaves y lisas en el interior de su boca de labios resecos. La sonrisa desapareció de su rostro y entornó los plateados ojos.

—Qué sed tengo —susurró, mirándonos a Cara y a mí—. Tengo que encontrar la botella llena para refrescarme la memoria y encontrar los colmillos.

Se lanzó hacia la estantería más próxima y empezó a rebuscar entre las botellas azules.

—¿Cuál es? ¿Cuál es? —murmuraba para sí mismo—. Hay miles de botellas y sólo una llena.

Sus manitas huesudas se movían veloces por la estantería. Iba descartando botellas vacías sin dejar de murmurar para sí mismo. Algunos recipientes cayeron al suelo y se hicieron añicos.

—¡Cara, rápido! —Señalé la estantería más alejada—. Manos a la obra.

Ella me entendió de inmediato. Teníamos que encontrar la botella llena antes que él. Teníamos que encontrarla antes de que lo hiciera el conde Aladenoche. Me puse de rodillas y empecé a rebuscar entre las botellas de la estantería inferior. Vacía…, vacía…, vacía…, vacía… Fui descartándolas una a una.

Mis dedos, pasaban a toda velocidad por encima de los tapones de cristal. Entorné los ojos para ver mejor bajo la tenue luz y localizar la única botella llena. Los cristales se rompían en pedazos contra el suelo de piedra. Las botellas rodaban y giraban en torno a mis pies.

A mi lado, Cara rebuscaba frenéticamente en una balda inferior.

—No…, no…, no…, no… —murmuraba a medida que iba pasando las manos sobre las botellas vacías.

—¡Vosotros dos! —nos llamó el conde Aladenoche desde el otro lado de la sala—. ¡Fuera de ahí!

No le hicimos ningún caso, sino que seguimos buscando entre las botellas, cada vez más y más rápido. Necesitábamos desesperadamente encontrar la botella llena antes que él.

Fue entonces cuando la toqué con mi mano. Respiré hondo al darme cuenta de que era más pesada que las otras. Al levantarla con sumo cuidado, la mano me temblaba. Sí, sin duda alguna era más pesada que las otras. Sí, aún estaba cerrada por completo. ¡Sí!

—La he encontrado —grité, poniéndome en pie de un salto—. Cara, mira, aquí está.

Levanté la botella llena para mostrársela y el conde Aladenoche me la arrebató de la mano.

—Gracias —me dijo.

25

Con una sonrisa ávida, el anciano vampiro levantó la botella y se dispuso a abrirla.

—¡Nooo! —grité.

Salté sobre él y le cogí por sorpresa. Arremetí con el hombro contra su pecho. Era ligero y blando, como si no tuviera huesos. El conde Aladenoche dejó escapar un quejido asombrado. Se le cayó de la mano la botella de Aliento de Vampiro. Extendí el brazo y la cogí al vuelo. Aferrándome a ella con ambas manos, retrocedí hacia las estanterías.

El conde no tardó en recuperarse. Me miró con los ojos entornados, y una vez más, sentí su extraña fuerza, que me mantenía fijo en mi lugar.

—Freddy, vas a darme la botella ahora mismo —me ordenó con voz suave y tranquila.

No me moví, me resultaba imposible.

—Dame la botella ahora mismo —insistió el viejo vampiro, volando hacia mí, con la huesuda mano extendida—. Me la vas a dar ahora mismo, Freddy.

Me costó trabajo tragar saliva. No podía darle el Aliento de Vampiro. Sabía que si el conde Aladenoche abría la botella Cara y yo estábamos perdidos. Pero tampoco me era posible moverme. Me había dejado paralizado. Estaba indefenso.

—Dámela —insistió, e hizo ademán de coger la botella.

—Pásamela —oí que me gritaba Cara.

Parecía estar muy lejos, y en un primer momento me dio la

impresión de que su mensaje no tenía ningún significado.

—Pásamela —volvió a gritarme.

Esta vez, lo entendí. Respiré hondo e hice uso de todas mis fuerzas para mover el brazo. El conde Aladenoche intentó coger la botella al vuelo y sus dedos huesudos llegaron a rozarla, pero yo había lanzado el recipiente demasiado alto para él. Cara trató de cogerla al vuelo, pero se le resbaló. Sin embargo, consiguió hacerse con ella antes de que se hiciera añicos en el suelo.

—¡Soy un hacha! —gritó.

Con un gruñido furioso, el conde Aladenoche se dio la vuelta.

—Dame eso —chilló, y se lanzó hacia Cara.

Ella echó el brazo hacia atrás y me devolvió la botella con un lanzamiento bajo que pasó fugazmente junto a las rodillas del viejo vampiro. La cogí a la altura de los cordones de mis zapatillas. El conde Aladenoche se giró velozmente hacia mí. Tenía sus extraños ojos inyectados en sangre.

—Quiero esa botella —gruñó.

La lancé bien alto, por encima de su cabeza. Cara la cogió con una mano. Cuando hacíamos de canguros en casa de Tyler Brown, jugábamos a esto continuamente.

El renacuajo nunca conseguía quitarnos la pelota. Lo teníamos corriendo de un lado a otro durante horas.

Sin embargo, era consciente de que al conde Aladenoche se le iba a acabar la paciencia muy pronto. Era imposible que Cara y yo ganáramos esta partida. Pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? El viejo vampiro se lanzó hacia Cara, con los brazos extendidos y la capa flotando tras él. Cara perdió el equilibrio. Yo me abalancé para coger la botella pero ésta pasó volando junto a mi mano abierta, y fue a dar contra una balda. Unas cuantas botellitas cayeron y se hicieron añicos. El conde Aladenoche llegó volando a la estantería con las manos extendidas. Sin embargo, me adelanté a él, cogí el frasco y se lo lancé a Cara.

—¡No! —dijo el conde Aladenoche con su voz ronca—. ¡Ya está bien!

Arremetió contra Cara y ésta me pasó la botella con un lanzamiento alto que arrojó por encima de la cabeza del anciano vampiro. Levanté las manos para atraparla, pero para mí sorpresa,

el conde Aladenoche se elevó en vertical y agarró el recipiente con ambas manos. Al descender lentamente al suelo, una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro.

—He ganado —dijo con voz suave, los ojos brillantes—. He ganado. La facultad de volar es una ventaja. —Levantó la botella delante de sí.

—No, no lo haga —supliqué.

Su sonrisa se tornó más amplia aun. Extendió la mano y quitó el tapón de la botella.

26

Los tres nos quedamos petrificados, mirando la botella abierta en la mano del conde Aladenoche.

No —murmuró Cara—. No, por favor.

Pasaron varios segundos y luego algunos más.

—No ocurre nada —susurró el conde Aladenoche. La sonrisa se le borró de los labios. Se llevó la botellita al rostro y la inclinó para mirar en su interior. Debajo de la capa púrpura, sus escuálidos hombros se encorvaron. Emitió un suspiro prolongado.

—Vacía —dijo—. Esta botella también está vacía.

Cara y yo nos miramos. De pronto comprendí lo que había ocurrido. En mi lucha desesperada por coger la botella, me había hecho con el frasco equivocado. Convencido de lo que había ocurrido, me volví hacia la estantería y vi la botella llena justo delante de mí.

—¡La tengo! —grité con júbilo. La levanté con cuidado de la estantería—. ¡La tengo!

El anciano vampiro emitió un furioso gruñido y se abalanzó sobre mí.

—¡Cara, cógela! —grité.

Le lancé la botella pero el conde Aladenoche extendió un brazo y le dio un manotazo en pleno vuelo.

—Oh —gemí al ver que la botella golpeaba la pared.

Rebotó y se estrelló en el suelo, haciéndose añicos. La bruma oscura y agria inundó la estancia.

—Se ha salido con la suya —murmuré—. Estamos perdidos.

27

Intenté contener la respiración, pero no sirvió de nada. Daba la impresión de que el hedor de la bruma creciente se filtraba en mi piel.

Al otro lado de la estancia, vi a Cara, que se tapaba firmemente la boca y la nariz con una mano. Tenía los ojos abiertos de par en par a causa del miedo. Agitaba la otra mano con frenesí, intentando apartar de sí la apestosa niebla.

Me ahogaba. Empezaron a escocerme los ojos, de modo que los cerré. Noté cómo me resbalaban lágrimas calientes por la cara. Cuando volví a abrir los ojos, ya no alcancé a ver a Cara. La niebla era demasiado espesa. Sólo veía la capa púrpura del conde Aladenoche, oscura dentro de la niebla. Poco después ésta también desapareció, y me quedé solo; completamente solo dentro de una nube espesa y ondulante.

Me puse de rodillas. Me cubrí el rostro con ambas manos e intenté no respirar. Sentía el regusto horrible de la bruma en la lengua.

¿Cuánto tiempo estuve así arrodillado? De eso no estoy seguro, pero cuando al fin abrí los ojos, que me escocían, la niebla empezaba a menguar. La capa púrpura del conde Aladenoche volvió a aparecer ante mí a medida que la niebla descendía hacia el suelo, y vi a Cara al otro lado de la sala, protegiéndose el rostro con un brazo.

La niebla continuó disipándose. La habitación volvía a ser nítida. Y caí en la cuenta de que tenía ante mí el juego de hockey de mesa.

Parpadeé varias veces. En el centro de la habitación había una mesa de billar.

¿Mesa de billar? ¿Hockey de mesa?

Cara se acercó corriendo a mí, sus ojos castaños brillaban de emoción.

—Hemos regresado, Freddy —gritó con júbilo—. ¡Hemos vuelto a tu sótano!

—¡Bien! —grité, y levanté ambos puños en el aire—. ¡Viva!

Atravesé la habitación a largas zancadas y abracé el juego de hockey de mesa. Luego besé la pared. Aunque resulte difícil de creer, besé la pared.

—¡Hemos vuelto! ¡Hemos vuelto! —coreaba Cara, saltando arriba y abajo—. El Aliento de Vampiro nos ha traído de regreso a tu casa, Freddy.

—¡Noooooo!

Al volverme vi que el conde Aladenoche echaba la cabeza hacia atrás para emitir un aullido largo y furioso. Se apartó la capa de los hombros y apretó los puños firmemente.

—¡Nooooo! ¡Nooooo! ¡Esto no puede estar ocurriendo! —gritó con voz ronca.

Cara y yo nos acurrucamos el uno contra el otro al ver que el vampiro avanzaba hacia nosotros.

—No quiero estar aquí —declaró—. Tengo que regresar. Debo encontrar mis colmillos. Sin colmillos, no me será posible sobrevivir. Pereceré.

Se elevó por encima de nosotros y nos lanzó una mirada furiosa. Los labios resecos le temblaban. Extendió la capa como si quisiera atraparnos en su interior.

—Tengo que regresar —dijo en tono áspero—. ¿Dónde está el Aliento de Vampiro? ¿Dónde está la botella azul?

Eché una mirada rápida por toda la habitación. No había ni rastro del recipiente.

—No ha regresado con nosotros —anunció Cara.

El anciano vampiro echó la cabeza hacia atrás y emitió otro aullido furioso. Luego, levantando incluso más su capa, se lanzó en picado contra nosotros. Cara y yo retrocedimos a trompicones hasta la mesa de billar. El vampiro se movió con rapidez, envolviéndonos

a los dos con su pesada capa roja.

Estábamos atrapados. No teníamos adonde ir.

Entonces, de pronto, se abrió la capa. El conde Aladenoche dio un paso atrás y se quedó con la boca abierta de par en par.

Seguí su mirada y vi a mis padres, que bajaban al sótano a toda prisa.

—¡Mamá! —grité—. ¡Papá! ¡Cuidado! Es un vampiro. Es un vampiro de verdad.

28

El conde Aladenoche se quedó contemplando a mis padres con los ojos entornados, la boca abierta todavía a causa de la impresión. Centró toda su atención en mi madre.

—¿Cynthia? —gritó—. Cynthia, ¿qué haces aquí?

Mi madre le sonrió.

—¡Papá!, por fin has despertado —exclamó.

—¿Eh? —Cara y yo lanzamos un grito ahogado de sorpresa.

Mi madre se adelantó y rodeó con sus brazos al anciano vampiro. Estuvo abrazándole durante un buen rato.

—Papá, has estado durmiendo ahí abajo al menos durante un centenar de años —dijo—. No sabíamos si despertarte o dejar que siguieras durmiendo.

Mi padre también se acercó con una amplia sonrisa en los labios y me puso una mano sobre el hombro.

—¿Ya has conocido a nuestro hijo Freddy? —le preguntó al conde Aladenoche—. Éste es Freddy, tu nieto.

¿Nieto? ¿Yo? ¿Soy nieto de un vampiro?

El conde Aladenoche se me quedó mirando sin dejar de menear la cabeza. Vi que estaba tan confuso como yo.

—Cynthia —le dijo a mi madre—. Cynthia, los colmillos, he perdido los colmillos.

Mi madre le abrazó por la cintura.

—Papá, no has perdido los colmillos —le aseguró—. Están en un vaso en el cuarto de baño, en el mismo sitio donde los dejaste.

—Mira, por aquí —dijo mi padre, llevándolo al pequeño cuarto

de baño que había en una esquina y que rara vez utilizábamos.

Pocos segundos después, el conde Aladenoche volvió a salir, ajustándose los colmillos a las encías con los dos pulgares.

—Bueno, eso está mucho mejor —anunció—. Ahora me voy a ir de aquí volando. Tengo una sed terrible. Hace ya cien años.

Mis padres se volvieron hacia mí.

—Prepárate un sándwich arriba, ¿de acuerdo? —me dijo mi padre—. Y hazle también otro a Cara.

Me quedé mirándole, incapaz de superar la impresión.

—Pero si tú y mamá sois vampiros, yo también lo soy, ¿no? —pregunté con voz trémula.

—Claro —contestó mi madre—. Pero aún eres muy joven para tener colmillos, Freddy. Tendrás que esperar al menos otros cien años.

Quería hacerles un millón de preguntas más, pero los tres empezaron a mover las alas arriba y abajo. En cuestión de segundos, se habían convertido en murciélagos y salían volando por la ventana del sótano.

Me quedé mirando la ventana durante un buen rato, intentando recuperar la calma y lograr que el corazón me latiera a menos velocidad. Cuando empecé a notar que recuperaba la normalidad, me volví hacia Cara.

—¡Vaya! —dijo ella, meneando la cabeza—. ¡Uuau!

—Yo tampoco me lo puedo creer —repliqué en voz queda.

Ella me hizo una mueca burlona.

—Ya sabía que eras raro, Freddy, pero no podía imaginarme que lo eras hasta tal punto.

Me habría gustado reírme de su broma, pero aún estaba demasiado aturdido para reír, o llorar, o gritar, o hacer cualquier otra cosa. Me giré y conté hasta veinte para tratar de recobrarme.

No resulta fácil enterarse de que uno es un vampiro. Lo cierto es que mis padres me lo podrían haber dicho de algún modo menos drástico, pero supongo que para ellos no era nada del otro mundo.

La puerta del cuarto de baño se había quedado abierta, así que entré, llevado por la curiosidad.

—No utilizamos nunca este baño —murmuré—. Siempre vamos al que está al otro lado del sótano.

Cara me siguió. La puerta acristalada del botiquín estaba parcialmente abierta y ella la abrió del todo. Las baldas estaban llenas a rebosar de todo tipo de frascos y botes: medicinas extrañas y ungüentos.

Vi una botella de cristal verde en la balda superior.

«¿Qué será eso?», me pregunté, y estiré el brazo para cogerlo.

Sin embargo, Cara se me adelantó.

—Trae eso aquí —grité, dándole un empujón.

Ella me devolvió el empujón y giró la botellita en su mano para leerme lo que ponía en la etiqueta: SUDOR DE HOMBRE LOBO.

—Cara, pon eso en su sitio —le ordené—. En serio, ponlo en su sitio. Déjalo, Cara. No lo abras. No…

Ella me hizo una mueca burlona y, para tomarme el pelo, hizo como si abriera el tapón.

—¡No! —grité.

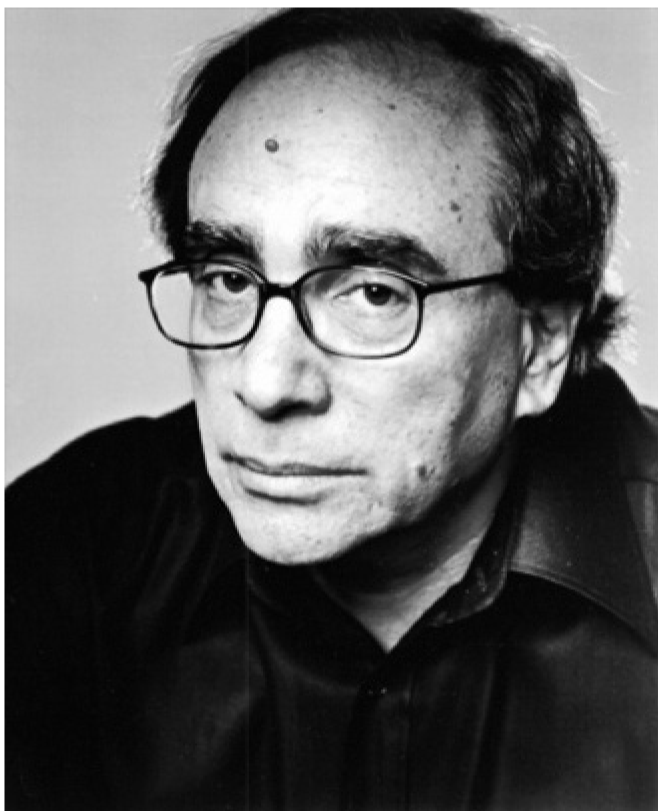
Intenté arrebatárselo de las manos, pero en vez de eso fallé y sólo quité el tapón.

—Ajjj —exclamó Cara cuando un líquido amarillo empezó a salir de la botella y se extendió en torno a nosotros.

Puse los ojos en blanco.

—¿Y ahora qué? —me lamenté—. ¿Qué crees que va a pasar ahora?

—¡Grrrrrraaauuuurrrr! —contestó Cara.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

Ha logrado que *ocho* de los *diez* libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos sean suyos. De sus relatos, editados en las colecciones *Pesadillas* y *La calle del terror*, se han vendido millones de ejemplares en todo el mundo.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.

Bob creció en Columbus, Ohio, y en la actualidad vive cerca de Central Park, en Nueva York.